

# LLAMAMIENTO HACIA LA INFINITA CARIDAD

O SEA

AL CONOCIMIENTO Y AMOR

DEL

## PADRE CELESTIAL

DIRIGIDO A TODOS LOS FIELES CRISTIANOS

ESCRITO POR UNA RELIGIOSA

CON UN PRÓLOGO DEL

ILMO. SR. OBISPO DE CONCEPCIÓN

**2.<sup>a</sup> EDICIÓN**



SALAMANCA  
EDITORIAL FIDES  
Apartado núm. 17)



C. H.

**LLAMAMIENTO**  
**HACIA LA INFINITA CARIDAD**  
O SEA  
**AL CONOCIMIENTO Y AMOR**  
DEL  
**PADRE CELESTIAL**

**DIRIGIDO A TODOS LOS FIELES CRISTIANOS**

ESCRITO POR UNA RELIGIOSA

CON UN PRÓLOGO DEL

**ILMO. SR. OBISPO DE CONCEPCIÓN**

**2.<sup>a</sup> EDICIÓN**



SALAMANCA  
EDITORIAL FIDES  
(Apartado núm. 17)

LLAMAMIENTO

HACIA LA INFINITA CARIDAD

NIHIL OBSTAT

FR. JOANNES G. ARINTERO, O. P.

S. Th. Mag.

PADRE CÉLESTIAL

OBISPADO DE SALAMANCA

15 Junii 1925.

**Imprimatur**

DR. ZEPHYRINUS ANDRES

Vic. Cap.

UNO. SR. OBISPO DE CONCEPCION

2.ª EDICION



Salamanca.—Imp . de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.

# PRÓLOGO

del Ilmo. Sr. Dr. D. Gilberto Fuenzalida G.,  
Obispo de Concepción

*Ut societas nostra sit cum  
Patre et cum Filio ejus Jesu  
Christo.*

*Que nuestra común unión  
sea con el Padre y con su Hijo  
Jesucristo. (1.<sup>a</sup> S. Juan, 1, 3).*

A medida que el mundo pierde la vida sobrenatural, va acercándose a su ruina definitiva.

Y no podrá salir del caos espantoso a donde se precipita, mientras no vuelva a la fuente de vida y se regenerere en ella.

Esa fuente perenne de vida sobrenatural es Dios. *In ipso vita erat.* Es el Padre que comunica la vida al Hijo; es el Padre y el Hijo que la comunican al Espíritu Santo.

Es la Trinidad Santísima que, en una forma semejante, nos comunica a nosotros la vida divina. El Padre nos da a su Hijo: *De tal modo amó Dios al mundo que llegó a darle a su Hijo Unigénito* (San Juan, III, 16). El Padre y el Hijo nos dan al Espíritu Santo: *Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente* (XIV, 16). *Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mi* (XVI, 26).

La divina Trinidad viene a nosotros, habita en

nuestras almas, hace de nuestro corazón su templo, nos participa su misma naturaleza por medio de la gracia, nos comunica la vida, nos regenera, nos hace nacer de nuevo y vivir la vida sobrenatural. Todo esto lo hace el Padre, por medio del Hijo y en el Espíritu Santo: *La gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios Padre y la participación del Espíritu Santo sea con todos vosotros* (II Cor., XII, 13).

Por eso, en medio de las angustias de la hora presente, las almas santas corren a esa fuente de vida, y se extasían en la contemplación del más grande de nuestros misterios, de la Santísima Trinidad. Allí beben la vida en abundancia y convidan a los demás para que acerquen sus labios a la misma divina fuente.

Almas de vida activa muy intensa, luchadores constantes de la causa de Dios, apóstoles aguerridos en las batallas del Señor, buscan nuevos operarios, nuevos soldados, y para prepararlos, para llenarlos de valor y celo, les aconsejan que hagan vida común con las Divinas Personas, que las amen con ardor, con familiar confianza: *Ut societas nostra sit cum Patre et cum Filio ejus Jesuchristo.*

El Cardenal Mercier, en su último libro, sostiene que el primero de los medios de que debemos valer nos para *recristianizar* esta sociedad que pierde la vida cristiana es predicar el gran misterio de la Santísima Trinidad y se lamenta de que éste sea el asunto menos tratado por nuestros predicadores.

«Para volver a introducir la fe sobrenatural en la sociedad, dice el Emmo. Cardenal, disponemos de dos medios *esenciales*: el primero es la predicación del Misterio cristiano, que consiste en la comunicación de la vida de la Santísima Trinidad a nuestras almas, por el Espíritu de Cristo Jesús, que resucitó y ascendió a su Padre».

«Y vosotros (se dirige a sus sacerdotes de Malinas) ¿predicáis sobre el Padre, sobre el Hijo, sobre el Espíritu Santo, sobre estos tres que son el verdadero Dios? ¿Vivís en unión con las Personas divinas de la Santísima Trinidad?»

«Por mi parte, debo declararlo por amor a la verdad, no conservo recuerdo de que jamás, ni en las reuniones parroquiales, ni en las casas de educación por las que pasé en mi juventud, algún orador sagrado nos haya hablado *ex profeso* del Misterio de la Santísima Trinidad. ¿Qué raro es entonces que la generalidad de los cristianos sean indiferentes a la Majestad de nuestros dogmas?» (1).

Y después de hacer ver cómo desde la primera lección de Catecismo la Iglesia nos introduce en el conocimiento y amor de las divinas Personas y cómo a ellas se refiere todo el culto cristiano, termina el ilustre Cardenal con estas hermosas palabras:

«La Iglesia ha incorporado al niño en Cristo por el bautismo en nombre de la Santísima Trinidad; lo ha seguido por todas las sendas de su peregrinación terrena, cubriéndolo con la protección del Cristo-Rey y de la Santísima Trinidad; a la misma Trinidad Santa, al Padre, su Criador, al Hijo, su Redentor, al Espíritu Santo, el divino Huésped del alma bautizada, lo recomienda en su hora postrera: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo. Parte anima christiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre todopoderoso, que te crió; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en nombre del Espíritu Santo, que en ti habitó.* Y cuando esta alma haya dejado el mundo, la Iglesia invocará al Dios de las misericordias, suplicándole que contemple en ella el sello de la Santísima Trinidad que imprimió el bautismo: *Mereatur evadere iudicium ultionis, qui dum viveret, insignitus est signaculo Sanctae Trinitatis*».

«Quizás estos constantes recuerdos de nuestros divinos orígenes no nos conmueven. Golpeémonos el pecho. Pero nuestra santa y divina Madre la Iglesia, ¿qué más podría haber hecho para mantenernos en contacto con la verdad?»

Mas, no basta que estudiemos y prediquemos este gran Misterio: es necesario que lo vivamos. La Divi-

(1) *La vie interieure. Appel aux âmes sacerdotales*, 61.

na Trinidad es nuestra vida. Por la gracia participamos de la filiación del Hijo y somos nosotros hijos también del Padre; el Espíritu Santo nos anima y vivifica. Nuestras relaciones con las Personas divinas tienen que ser íntimas y familiares, como corresponden a miembros de la familia divina. El Hijo vino a enseñarnos a amar al Padre con confianza, con ternura, con abandono filial: el Espíritu Santo viene a despertar en nosotros esos sentimientos, a comunicarnos el espíritu de adopción de hijos, *en virtud del cual clamamos con confianza: ¡oh Padre mío!* (Rom. VIII, 15).

La fe nos enseña que estas tres divinas Personas moran en nuestra alma y, siempre que estamos en gracia, desempeñan para con nosotros los dulces oficios de padre, de madre, de hermano, de amigo y de esposo amantísimo. ¿No corresponderemos a este amor y a esta bondad incomprensibles?

A despertar esta correspondencia a las divinas Personas y, en particular, a promover el amor filial, la devoción ardiente y sincera, el culto de espíritu y de verdad hacia el Padre celestial, a quien por desgracia tenemos tan olvidado, van encaminadas las páginas siguientes. Ellas reflejan un vivo anhelo del Corazón de Jesús y nos muestran abierta para todos esa fuente de vida eterna, a la que se refería El mismo cuando decía: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba* (S. Juan, VII, 37).

¡Dígnese el Señor bendecir estas páginas y, por medio de ellas, hacer nacer y conservar en las almas una dulce, amable, tierna y constante devoción hacia el buen Padre que tenemos en el cielo!

† GILBERTO, Obispo de Concepción.

8 de Julio de 1921.

## INTRODUCCIÓN

El opúsculo que ofrecemos a los verdaderos hijos de Dios encierra en sus breves páginas una importancia suma. Se trata de un don precioso que la eterna e infinita Bondad nos ofrece en su misericordia, invitándonos a estudiar las enseñanzas de Cristo, Señor nuestro, para sacar de ellas un íntimo conocimiento de la Persona adorable del Padre celestial, origen de todo bien y fuente de la eterna caridad.

Sólo al Verbo divino correspondía tomar la iniciativa en esta obra, puesto que, siendo como es la Luz eterna del Padre, puede por Sí solo disipar las tinieblas de la ignorancia y atraer las almas por medio de sus celestiales encantos para darles a conocer las bondades inefables de Dios Padre.

El conocimiento que hasta ahora hemos tenido de la Primera de las divinas Personas, no corresponde sin duda a los anhelos de nuestro divino Salvador que desea ver honrado a su Padre celestial por todos los títulos que le son debidos, no sólo como Soberano omnipotente, sino también como Padre de la humana familia, porque si los cielos y la tierra están llenos de la infinita majestad de su gloria, a la criatura privilegiada corresponde el primer lugar en orden al agradecimiento y el tono más alto en el himno armonioso que la naturaleza entona noche y día en alabanza de su Creador.

Preciso es, pues, que los que sabemos que hay un Padre en los cielos, preocupado de nuestro bien, co-

respondamos a su ternura incomparable, viviendo únicamente en El, por El y para El; que su nombre dulcísimo de *Padre* esté siempre en nuestros labios y su recuerdo en nuestro corazón; que nos recreemos en la consideración de sus perfecciones infinitas, que hablemos de sus bondades inefables, que confiemos con filial ternura en su amorosa Providencia y que lo esperemos todo de su piedad paternal. En suma, que seamos realmente hijos fieles, amantes y agradecidos de nuestro Padre celestial.

He aquí la obra que debemos realizar, no sólo en nosotros mismos, sino también en cuantos nos rodean, para que el conocimiento y el amor de Dios Padre se extienda en todos los corazones y, si éste ha sido uno de los fines que se propuso nuestro Señor Jesucristo en su venida al mundo, ¿no deberemos estimar como un honor insigne el haber sido llamados a procurar la realización de sus designios?

Tiempo es ya de sacudir el funesto letargo que hasta ahora nos ha impedido el cumplimiento de un deber tan sagrado para con nuestro tierno y amoroso Padre. No se nos pide otra cosa que el deseo de conocerlo y amarlo, lo demás corre por cuenta de su Hijo adorable, que ansía por comunicar a nuestras almas este bien soberano e infinito.

¡Oh Verbo adorable, imagen perfectísima del Padre! comunicadnos vuestro divino Espíritu para que recibamos con docilidad y amor las saludables enseñanzas que nos habéis dirigido. Enviadnos una centella de vuestra infinita caridad que purifique nuestras almas y las inflame en deseos de acercarse a la Fuente del amor para recibir el torrente de luz, de santidad y de vida que deberá inundarnos. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, mostradnos al Padre y enseñadnos a amarle!



---

## PARTE PRIMERA

---

### INVITACIÓN

Entre las enseñanzas, a cual más admirables, que nuestro Señor Jesucristo ha consignado en el Nuevo Testamento como preciosa herencia a sus fieles discípulos, hay una, de trascendental importancia, que por el grande empeño con que ha procurado grabarla en los corazones, manifiesta que es el ideal de sus anhelos y el objeto de sus predilecciones. Nos referimos a su amor al Padre Celestial.

Engendrado desde la eternidad en el seno del Padre y formando con El una sola y divina substancia, no se contenta con retornarle sus bondades por medio de incesante adoración; quiere que los hombres le conozcan y le amen, a cuyo efecto se anonada hasta revestirse de la naturaleza humana, poniéndose así en íntimo contacto con la creatura para elevarla hacia su Padre.

Tanto en la vida oculta como en la pública, y hasta en su pasión dolorosísima, no parece que el Verbo divino hubiera tenido otro deseo que el de estrechar por todos los medios posibles las relaciones que deben existir entre el Padre celestial y sus hijos y, como ante todo quiere instruirlos con el ejemplo, les ofrece en su propia persona el tipo

más acábado de sumisión y dependencia. Si en cuanto Dios no tenía inferioridad alguna con el Padre, en cambio, sabía aprovecharse de la desigualdad que le proporcionaba su naturaleza humana para humillarse ante El, cual si fuera una simple creatura. No hallaba alegría ni reposo sino en el cumplimiento de su adorable voluntad; lo contemplaba como a su Dios, lo amaba como a su Padre con ternura infinita, le atribuía la gloria de sus obras y, haciendo resaltar su poder, sabiduría y omnipotencia, a la vez que su bondad y ternura paternales, lo proponía como modelo de toda perfección: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (San Mateo, V, 48), como el único que merece de nuestra parte el venerable título de Padre: *no habéis de llamar a nadie sobre la tierra padre vuestro, pues uno solo es vuestro Padre, el cual está en los cielos* (San Mateo, XXIII, 9), como la personificación de la grandeza, de la santidad y de la justicia, que ha sido, es y será en todo tiempo fuente perenne de vida y de consuelo eterno. En resumen, su único anhelo era promover la gloria de su Padre, para lo cual no omitía sacrificios ni perdonaba medios de darlo a conocer, a pesar de que, por entonces, sus esfuerzos debían ser inútiles, porque la voluntad del Padre celestial era que todas las miradas se concentraran en el Hijo amado, por exigirlo así sus sagrados títulos y su misión redentora. Se hacía, pues, necesario, y hasta cierto punto indispensable, que Dios Padre ocultara a los ojos del mundo su personalidad soberana, hasta tanto que el Redentor divino entrase en la completa posesión del reino espiritual que debía conquistarle con sus padecimientos y su muerte.

Sin embargo, cuanto era el empeño del Padre

celestial para que Jesucristo, Señor nuestro, reconocido por su Hijo Unigénito, atrajese en pos de Sí todas las almas, otro tanto era el celo que desplegaba incansable el divino Salvador para mostrar a los pueblos las bondades infinitas del Padre, y aun cuando nada pudiese avanzar en esa manifestación, perseveró hasta el fin en su piadoso intento, sabiendo que no pasaría esta generación, sin que cada una de sus palabras, referentes al Padre celestial, fuese recogida con amorosa solicitud, cual si en ese mismo instante acabasen de salir de sus sagrados labios.

Ahora bien, impulsado por el ardiente deseo de darnos parte de este bien infinito, Jesucristo, Señor nuestro, ha venido enderezando los caminos y disponiendo las sendas para dar fácil acceso a cuantos quieran aceptar su bondadosa invitación. Todo lo tiene preparado, y, tanto en el Tabernáculo, donde se consume en deseos de comunicarnos su inmenso amor al Padre, como en el ara santa en la que se inmola incesantemente para su gloria, o en el corazón de la creatura que le sirve de santuario cotidiano, en todas partes está en continúa actividad, cual si el torrente de amor infinito que se encierra en su pecho estuviera próximo a desbordarse sobre el mundo.

Ya no hay duda ninguna. La devoción al Corazón Sagrado de Jesús, extendida por todo el orbe, ha venido a ser la celestial aurora, precursora del Sol eterno, que debe iluminar el mundo entero, y a favor de su dulce claridad; comienzan a destacarse unas tras otras en nuestro oscuro entendimiento las profundas enseñanzas del Maestro divino con toda su sublime realidad.

No sin razón se ha dicho que para los grandes males prepara Dios, Nuestro Señor, grandes re-

medios, y por eso, en la hora presente, cuando las potencias infernales, aunando sus esfuerzos, luchan desesperadamente por enseñorearse de la suprema edad del mundo, el Hijo de Dios, eterno, poderoso e infinito en santidad y grandeza como el Padre, apelando al postrer recurso de su inagotable ternura, se dirige a las almas de buena voluntad para darles parte de sus amorosos designios: «En el exceso de mi amor, parece decirles, me he entregado todo entero a vosotros, dándoos mi cuerpo en manjar, mi sangre y mi vida por vuestro rescate. Os dí mi Madre por Madre vuestra, mis méritos por herencia y mi Espíritu para consuelo y fortaleza. Más adelante y para sellar perpetuamente nuestra alianza, no tuve reparo en entregaros mi Corazón; de manera que, desde ese instante, todo mi Ser ha pasado a vuestro dominio. Sin embargo, después de haber así agotado los recursos de mi amor infinito, el mundo, obstinado en su impiedad, se lanza de nuevo con ciego furor hacia el abismo, cual si nada se hubiera hecho hasta aquí para salvarlo: por lo que, ¡oh almas muy amadas! es de todo punto indispensable que acudáis a la misericordiosa ternura del Padre celestial en demanda de una gracia omnipotente, a cuyo fin y en conformidad a la solemne promesa que le hice en la víspera de mi pasión, asegurándole que *le haré conocer de vosotros para que seáis amados de El con el mismo amor con que a Mi me ha amado* (S. Juan, XVII, 26), quiero iniciaros en su divino conocimiento, invitándoos a saciar vuestra sed en la Fuente de la vida y a gustar las delicias del amor infinito en el Foco de la eterna caridad.

» Venid, pues, a los brazos de vuestro Padre celestial que os espera amoroso. Hallaréis expedito

el camino de la confianza y del amor que os he trazado con mis enseñanzas y ejemplos. Yo mismo estoy dispuesto a conducirlos, a apoyar vuestras peticiones, a presentar vuestras ofrendas, y no tendré reposo hasta haberos hecho participantes de mi infinito amor, para poder decir a mi Padre nuevamente: *Te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste* (S. Juan, XVII, 4).

Conviene advertir aquí que el conocimiento del Padre no es un favor especialísimo, reservado para ciertas almas, sino un dón gratuito y universal, como todos los que nos prodiga la mano infinitamente generosa de Aquel *que hace nacer su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores* (S. Mateo, V, 45). Basta tan sólo la voluntad de instruirse por medio de las enseñanzas que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dejado en el santo Evangelio. De este modo se verificará en nosotros su palabra: *Nadie va al Padre sino por Mí* (S. Juan, XIV, 6).

Almas favorecidas con esta especial invitación, a vosotras se dirigía Jesús y en su mente divina os acariciaba, ya sea que fijando en el cielo su mirada se extasiase en la contemplación de las bellezas infinitas del Padre o que, abrasado en celestiales ardores, quisiera inflamar en su amor todos los corazones, y como en su presciencia infinita, realizando sus aspiraciones, érais ya las hijas muy amadas de su Padre, disponía vuestros corazones a través de las edades y de los siglos para que os hiciéseis acreedoras a este inapreciable beneficio. ¡Estimad el dón y agradeced la fineza!

¡Oh Padre celestial amabilísimo! quiero desde ahora para siempre consagraros mi cuerpo, mi

alma, mi corazón y todo mi ser. Ya que me habéis hecho la gracia de atraerme a vuestro conocimiento, acrecentad esa divina luz para que las enseñanzas que de Vos nos ha dejado vuestro Hijo santísimo no sean estériles en nosotros. ¡Oh Padre de Jesús y Padre nuestro, haced que vuestro Verbo nos penetre, nos transforme y nos conduzca a Vos!





**RECOPILACION DE LAS ENSEÑANZAS DE N. S. JESUCRISTO**  
**referente al Padre Celestial**

**Evangelio según San Mateo**

1. Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a *vuestro Padre* que está en los cielos (V, 16).

2. Yo os digo más. Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian. Para que seáis hijos de *vuestro Padre celestial*, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores (V, 44-45).

3. Sed, pues, vosotros perfectos, así como *vuestro Padre celestial* es perfecto (V, 48).

4. Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean, de otra manera no recibiréis su galardón de *vuestro Padre* que está en los cielos (VI, 1).

5. Mas tú, cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha: Para que tu limosna quede oculta; y *tu Padre*, que ve lo oculto, te recompensará (VI, 3-4).

6. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar,

entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto a *tu Padre*; y *tu Padre*, que ve lo secreto, te premiará (VI, 6).

7. En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras.

No queráis, pues, imitarlos, que bien sabe *vuestro Padre* lo que habéis menester, antes de pedirselo.

Ved, pues, cómo habéis de orar: *Padre nuestro* que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre,

Venga el tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y no nos dejes caer en la tentación.

Mas líbranos de mal. Amén (VI, 7-13).

8. Porque, si perdonáis a los hombres las ofensas que cometen, también *vuestro Padre* os perdonará los pecados (VI, 14).

9. Pero, si vosotros no perdonáis a los hombres, tampoco *vuestro Padre* os perdonará los pecados (VI, 15).

10. Cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu cara;

Para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente *tu Padre*, que está a lo secreto; y *tu Padre* que ve en secreto, te dará por ello la recompensa (VI, 17-18).

11. Mirad las aves del cielo, como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y *vuestro Padre celestial* las alimenta. Pues, ¿no valéis vosotros mucho más, sin comparación, que ellas? (VI, 26).

12. Así que, no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos?

Como hacen los paganos, los cuales andan tras todas estas cosas; que bien sabe *vuestro Padre* la necesidad que de ellas tenéis (VI, 31-32).

13. Pues, si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos: ¡cuánto más *vuestro Padre celestial* dará cosas buenas a los que se las pidan! (VII, 11).

14. No todo aquel que me dice, ¡oh Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de *mi Padre celestial*; ése es el que entrará en el reino de los cielos (VII, 21).

15. Cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar; porque os será dado en aquella misma hora lo que habéis de decir. Puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino *el Espíritu de vuestro Padre*, el cual habla por vosotros (X, 19-20).

16. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto: y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga *vuestro Padre*? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (X, 29-30).

17. En suma: a todo aquel que me reconociere delante de los hombres, Yo también lo reconoceré delante de *mi Padre* que está en los cielos.

Mas, a quien me negare delante de los hombres, Yo también le negaré delante de *mi Padre* que está en los cielos (X, 32-33).

18. Por aquel tiempo, exclamó Jesús, diciendo: Yo te glorifico *Padre, Señor de cielo y tierra*, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños.

Sí, *Padre*, por haber sido de tu agrado que fuese así.

Todas las cosas las ha puesto *mi Padre* en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino *el Padre*, ni conoce ninguno *al Padre* sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo habrá querido revelarlo (XI, 25-27).

19. Cualquiera que hiciere la voluntad de *mi Padre* que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre (XII, 50).

20. Al mismo tiempo, los justos resplandecerán como el sol en el reino de *su Padre* (XIII, 43).

21. Toda planta que *mi Padre celestial* no ha plantado, arrancada será de raíz (XV, 13).

22. Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná; porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino *mi Padre*, que está en los cielos (XVI, 17).

23. El Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de *su Padre*, acompañado de sus Angeles; y entonces dará el pago a cada cual, conforme a sus obras (XVI, 27).

24. Todavía estaba Pedro hablando, cuando *una nube resplandeciente* vino a cubrirlos y, al mismo instante resonó desde la nube una voz que decía: «Este es mi querido Hijo en quien tengo todas mis complacencias; a El habéis de escuchar (XVII, 5).

25. Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos; porque os hago saber que sus Angeles en los cielos están siempre viendo la cara de *mi Padre celestial* (XVIII, 10).

26. Así que, no es la voluntad de *vuestro Padre*, que está en los cielos el que perezca uno solo de estos pequeñitos (XVIII, 14).

27. Si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que se fuere, le será otorgado por *mi Padre* que está en los cielos (XVIII, 19).

28. De esta manera se portará *mi Padre celestial* con vosotros, si cada uno no perdonare de corazón a su hermano (XVIII, 35).

29. Replicoles: Mi cáliz sí que lo beberéis; pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado *mi Padre* (XX, 23).

30. No habéis de llamar a nadie sobre la tierra padre; pues uno solo es *vuestro Padre*, el cual está en los cielos (XXIII, 9).

31. Mas, en orden al día y a la hora, nadie lo sabe, ni aun los Angeles del cielo, sino sólo *mi Padre* (XXIV, 36).

32. Entonces el Rey dirá a los que están a su derecha: Venid, benditos de *mi Padre*, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo (XXV, 34).

33. Y os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid, hasta el día en que beba con vosotros el nuevo en el reino de *mi Padre* (XXVI, 29).

34. Y, adelantándose algunos pasos, se postró en tierra, caído sobre su rostro, orando y diciendo: *Padre mío*, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que Yo quiero, sino lo que *Tú* (XXVI, 39).

35. Volvióse de nuevo por segunda vez y oró, diciendo: *Padre mío*, si no puede pasar este cáliz sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad (XXVI, 42).

36. ¿Piensas que no puedo acudir a *mi Padre* y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de Angeles? (XXVI, 53).

37. Y cerca de la hora nona exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: Eli, Eli, *lamma sabactani?* esto es: ¡*Dios mío, Dios mío!* ¿por qué me has desamparado? (XXVII, 46).

38. Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre *del Padre* y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñándolas a observar todas las cosas que Yo os he mandado. Y estad ciertos que Yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos (XXVIII, 19-20).

### Evangelio según San Marcos

1. Por estos días fué cuando vino Jesús desde Nazaret a Galilea y Juan le bautizó en el Jordán. Y luego, al salir del agua, vió abrirse los cielos y al Espíritu descender en forma de paloma y posar sobre El mismo. Y se oyó *esta voz del cielo*: «Tú eres el Hijo mío querido: en Tí me estoy complaciendo» (I, 9-10-11).

2. Quien se avergonzare de Mí y de mi doctrina, en medio de esta nación adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él el Hijo del Hombre, cuando venga en la gloria de *su Padre*, acompañado de los santos Angeles (VIII, 38).

3. En esto se formó una nube que los cubrió; y salió de *esta nube* una voz que decía: «Este es mi Hijo carísimo: escuchadle a El» (IX, 6).

4. Cualquiera que acogiere a uno de estos niños por amor mío, a Mí me acoge; y cualquiera que me acoge, no tanto me acoge a Mí como *al que a Mí me ha enviado* (IX, 36).

5. Pero, eso de sentarse a mi diestra o a mi siniestra, no está en Mí el darlo a vosotros, sino a quienes se ha destinado por *mi Padre celestial* (X, 40).

6. Al poner os a orar, si tenéis algo contra alguno, perdonadle, a fin de que *vuestro Padre que está en los cielos*, también os perdone vuestros pecados (XI, 25).

7. Que sino perdonáis vosotros, tampoco *vuestro Padre celestial* os perdonará vuestras culpas (XI, 26).

8. Mas, en cuanto al día o a la hora, nadie sabe nada, ni los Angeles en el cielo, ni el Hijo (para revelároslo) sino *el Padre* (XIII, 32).

9. *¡Oh Padre, Padre!* decía: todas las cosas te son posibles; aparta de Mí este cáliz; mas no sea lo que Yo quiero, sino lo que Tú (XIV, 36).

10. A esto le respondió Jesús: Yo soy; y veréis al Hijo del hombre, sentado a *la diestra de la Majestad de Dios*, y venir sobre las nubes del cielo (XIV, 62).

11. A la hora de nona exclamó Jesús, diciendo en voz grande: *¡Eloi, Eloi!* ¿*lammasabactani?* que significa: *¡Dios mío, Dios mío!* ¿por qué me has desamparado? (XV, 34).

12. Así el Señor Jesús, después de haberles hablado, fué elevado al cielo y está sentado a *la diestra de Dios* (XVI, 19).

## Evangelio según San Lucas

1. Y les respondió: ¿Cómo es que me buscábais? ¿No sabíais que Yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de *mi Padre?* (II, 49).

2. Y bajó sobre El el Espíritu Santo en forma corporal, como de una paloma, y se oyó del cielo *esta voz*: «Tú eres mi Hijo amado; en Ti tengo puestas todas mis delicias» (III, 22).

3. Sed, pues, misericordiosos, así como también *vuestro Padre* es misericordioso (VI, 36).

4. Porque, quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo

del hombre cuando venga en su majestad y en la de *su Padre* y de los santos Angeles (IX, 26).

5. Y salió *de la nube una voz* que decía: «Este es el Hijo mío querido, escuchadle» (IX, 35).

6. El que os escucha a vosotros, me escucha a Mí y el que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia. Y quien a Mí me desprecia, desprecia a *Aquel* que me ha enviado (X, 16).

7. En aquel mismo punto, Jesús manifestó un extraordinario gozo al impulso del Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, *Padre, Señor del cielo y de la tierra*, porque has encubierto estas cosas a los sabios y prudentes y descubiértolas a los pequeñuelos. Así es, *¡oh Padre!* porque así fué tu beneplácito (X, 21).

8. *El Padre* ha puesto en mis manos todas las cosas. Y nadie conoce quién es el Hijo sino *el Padre*, ni quien es *el Padre* sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo (X, 22).

9. Cuando os pongáis a orar, habéis de decir: *Padre*, sea santificado el tu nombre. Venga a nos el tu reino. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdónanos nuestros pecados, puesto que nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación (XI, 2-4).

10. Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más *vuestro Padre que está en los cielos*, dará el espíritu bueno a los que se le piden! (XI, 13).

11. Las gentes del mundo van afanadas sobre estas cosas. Bien sabe *vuestro Padre* que de ellas necesitáis (XII, 30).

12. No tenéis vosotros que temer, pequeñito rebaño, porque ha sido del agrado de *vuestro Padre* daros el reino (XII, 32).

13. Por eso Yo os preparo el reino, como *mi Padre* me lo preparó a Mí (XXII, 29).

14. Y, apartándose de ellos, como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacía oración, diciendo, *Padre*, si es de tu agrado, aleja de Mí este cáliz. No obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya (XXII, 41-42).

15. Entretanto, Jesús decía: *Padre*, perdónalos, porque no saben lo que hacen (XXIII, 34).

16. Entonces Jesús, clamando con una voz muy grande, dijo: *Padre*, en tus manos encomiendo mi espíritu: Y, diciendo esto, expiró (XXIII, 46).

17. Y Yo voy a enviaros el que *mi Padre* os ha prometido. Entretanto, permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la fortaleza de *lo alto* (XXIV, 49).

## Evangelio según San Juan

1. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba *en Dios*, y el Verbo era Dios.

El estaba en el principio *en Dios* (I, 1-2).

2. A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser *hijos de Dios* (I, 12).

3. Y el Verbo se hizo carne; y habitó en medio de nosotros; y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual de Unigénito *del Padre*, lleno de gracia y de verdad (I, 14).

4. *A Dios* nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, existente en el seno *del Padre*, El mismo le ha hecho conocer (I, 18).

5. Al día siguiente vió Juan a Jesús que venía a encontrarle, y dijo: He aquí el Cordero *de Dios*, ved aquí al que quita los pecados del mundo (I, 29).

6. Yo antes no le conocía, mas *el que me en-*

vió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu (Santo) y reposa sobre El, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo.

Yo le he visto; y por eso doy testimonio de que El es Hijo *de Dios* (I, 33-34).

7. Y a los que vendían palomas, les dijo: Quitad eso de aquí y no queráis hacer de la casa de *mi Padre* una casa de tráfico (II, 16).

8. Que amó tanto *Dios* al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito; a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna (III, 16).

9. *El Padre* ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos (III, 35).

10. Mujer, créeme a Mí; ya llega el tiempo en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis *al Padre* (IV, 21).

11. Pero llega el tiempo, y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán *al Padre* en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que *el Padre* busca (IV, 23).

12. Dios es espíritu; los que le adoran, en espíritu y verdad deben adorarle (IV, 24).

13. Jesús les dijo: Mi comida es hacer la voluntad *del que me ha enviado* y dar cumplimiento a su obra (IV, 34).

14. Entonces Jesús les dijo (a los judíos que le criticaban porque obraba milagros el Sábado): *Mi Padre* hoy como siempre está obrando, y Yo, ni más ni menos (V, 17).

15. En verdad, en verdad os digo que no puede hacer el Hijo por Sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer *al Padre*; porque todo lo que *Este* hace, lo hace igualmente el Hijo (V, 19).

16. Y es que, como *el Padre* ama al Hijo, le

comunica todas las cosas que hace; y le manifestará obras mayores que éstas, de suerte que quedéis asombrados (V, 20).

17. Pues, así como *el Padre* resucita a los muertos y les da vida; del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere (V, 21).

18. Ni *el Padre* juzga a nadie, sino que todo el poder de juzgar lo dió al Hijo (V, 22).

19. Con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran *al Padre*; quien al Hijo no honra, tampoco honra *al Padre* que le ha enviado (V, 23).

20. En verdad, en verdad os digo, que quien escucha mi palabra y cree *a Aquel* que me ha enviado, tiene la vida eterna, y no incurre en sentencia, sino que ha pasado de muerte a vida (V, 24).

21. Porque, así como *el Padre* tiene en *Sí mismo* la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en *Sí mismo* (V, 26).

22. Y le ha dado la potestad de juzgar, en cuanto es el Hijo del hombre (V, 27).

23. No puedo Yo de *Mí mismo* hacer cosa alguna. Yo sentencio según oigo (de *mi Padre*), y mi sentencia es justa, porque no pretendo hacer mi voluntad, sino la de *Aquel* que me ha enviado (V, 30).

24. Pero yo tengo a mi favor un testimonio superior al testimonio de Juan. Porque las obras que *el Padre* me puso en las manos para que las ejecutase; estas mismas obras que Yo hago, dan testimonio en mi favor de que me ha enviado *el Padre* (V, 36).

25. Y *el Padre* que me ha enviado, *El mismo* ha dado testimonio de *Mí*; vosotros no habéis oído jamás su voz, ni visto su semblante (V, 37).

26. Yo vine en nombre de *mi Padre* y no me recibís; si otro viniere de su propia autoridad, a aquél le recibiréis (V, 43).

27. No penséis que Yo os he de acusar ante *el Padre*; vuestro acusador es Moisés, en quien vosotros confiáis (V, 45).

28. Trabajad para tener, no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna; el cual os lo dará el Hijo del hombre, pues en Este imprimió su sello *el Padre Dios* (VI, 27).

29. Respondióles Jesús: en verdad, en verdad os digo: Moisés no os dió pan del cielo; *mi Padre* es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo (VI, 32).

30. Todos los que me da *el Padre* vendrán a Mí; y al que viniere a Mí no le desecharé. Pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de *Aquel* que me ha enviado.

Y la voluntad *mi Padre* que me ha enviado es que Yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos en el último día.

Por tanto, la voluntad de *mi Padre* que me ha enviado es, que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día (VI, 37/40).

31. Nadie puede venir a Mí, si *el Padre* que me envió no le atrae; y, al tal, le resucitaré Yo en el último día.

Escrito está en los profetas: «Todos serán enseñados de Dios». Cualquiera, pues, que ha escuchado *al Padre* y aprendido (su doctrina), viene a Mí.

No porque algún hombre haya visto *al Padre*, excepto el que es (hijo natural) de Dios: Este sí que ha visto *al Padre* (VI, 44-46).

32. Así como *el Padre* que me ha enviado vi-

ve, y Yo vivo por *el Padre*; así quien me come, también él vivirá por Mí (VI, 58).

33. Por esta causa os he dicho que nadie puede venir a Mí, si *mi Padre* no se lo concediere (VI, 66).

34. Mi doctrina no es mía, sino de *Aquel* que me ha enviado (VII, 16).

35. Vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy; pero Yo no he venido de Mí mismo, sino que, *quien me ha enviado* es veraz, al cual vosotros no conocéis. Yo sí que le conozco, porque de *El* tengo el ser, y *El* me ha enviado (VII, 28-29).

36. Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo (y) me voy a *Aquel* que me ha enviado (VII, 33).

37. Cuando Yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy Yo solo, sino Yo y *el Padre* que me ha enviado.

En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es verdadero.

Yo soy el que doy testimonio de Mí mismo; y *el Padre* que me ha enviado, da también testimonio de Mí.

Decíanle a esto: ¿En dónde está *tu Padre*? Respondió Jesús: Ni me conocéis a Mí ni a *mi Padre*; si me conociérais a Mí, no dejaríais de conocer a *mi Padre* (VIII, 16-17).

38. Muchas cosas tengo que decir y condenar en vososotros: como quiera, *el que me ha enviado* es veraz; y Yo sólo hablo en el mundo las cosas que oí a *El*.

Ellos no echaron de ver que decía que Dios era *su Padre* (VIII, 26-27).

39. Cuando hubiéreis levantado (en alto) al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy

Yo y que nada hago de Mí mismo, sino que hablo lo que *mi Padre* me ha enseñado.

Y *el que me ha enviado* está (siempre) conmigo y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que es de su agrado (VIII, 28-29).

40. Yo hablo lo que he visto en *mi Padre*; vosotros hacéis lo que habéis visto en vuestro padre (VIII, 38).

41. Si Dios fuera *vuestro Padre*, ciertamente me amarías a Mí; pues yo nací de *Dios* y he venido de *Dios*; que no he venido de Mí mismo, sino que *El* me ha enviado (VIII, 42).

42. Yo no estoy poseído del demonio; sino que honro a *mi Padre*, y vosotros me habéis deshonrado a Mí.

Pero Yo no busco mi gloria; *Otro* hay que la promueve y *El* me vindicará (VIII, 49-50).

43. Si Yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria no vale nada; es *mi Padre* el que me glorifica. *Aquel* que decís vosotros que es vuestro Dios.

Vosotros empero, no *le* habéis conocido; Yo sí que *le* conozco: Y, si dijere que no *le* conozco sería como vosotros un mentiroso. Pero *le* conozco y observo sus palabras (VIII, 54-55).

44. Conviene que yo haga las obras de *Aquel que me ha enviado*, mientras dura el día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar (IX, 4).

45. Así como *el Padre* me conoce a Mí, así Yo conozco *al Padre* y doy mi vida por mis ovejas (X, 15).

46. Por eso *mi Padre* me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez.

Nadie me la arranca, sino que Yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla: éste es el mandamiento que recibí de *mi Padre* (X, 17-18).

47. Os lo estoy diciendo y no lo creéis; las obras que Yo hago en nombre de *mi Padre*, esas están dando testimonio de Mí (X, 25).

48. Pues, lo que *mi Padre* me ha dado, todo lo sobrepuja; y nadie puede arrebatarlo de mano de *mi Padre* (X, 29).

49. *Mi Padre* y yo somos una misma cosa (X, 30).

50. Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros, por la virtud de *mi Padre*; ¿por cuál de ellas me apedreáis? (X, 32).

51. ¿Cómo, de Mí, a quien ha santificado *el Padre* y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: Soy Hijo de Dios?

Si no hago las obras de *mi Padre*, no me creáis.

Pero, si las hago, cuando no queráis darme crédito a Mí, dádselo a mis obras, a fin de que conozcáis y creáis que *el Padre* está en Mí y yo en *el Padre* (X, 36-38).

52. Y, levantando Jesús los ojos al cielo, dijo: *Oh Padre!* gracias te doy, porque me has oído.

Bien, es verdad que Yo ya sabía que siempre me oyes; mas, lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de Mí, con el fin de que crean que *Tú* me has enviado (XI, 41-42).

53. El que me sirve, sígame; que donde Yo estoy, allí estará también el que me sirve; y, a quien me sirviere, le honrará *mi Padre*.

Pero, ahora, mi alma se ha conturbado. ¿Y qué dirá? *Oh Padre!* librame de esta hora. Mas, para esa misma hora he venido.

*Oh Padre!* glorifica tu nombre.

Al momento se oyó del cielo esta voz: «Le he glorificado ya y le glorificaré todavía (XII, 26-28).

54. Jesús, pues, alzó la voz y dijo:

Quien cree en Mí, no cree en Mí, sino en *Aquel que me ha enviado*.

Y el que a Mí me ve, ve *al que me envió* (XII, 44-45).

55. Puesto que yo no he hablado de Mí mismo, sino que *el Padre* que me envió, *El* mismo me ordenó lo que debo decir y cómo he de hablar.

Y Yo sé que lo que *El* ha mandado es la vida eterna. Las cosas, pues, que Yo hablo las digo como *el Padre* me las ha dicho (XII, 49-50).

56. Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo *al Padre*, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin (XIII, 1).

57. (Jesús), que sabía que *el Padre* le había puesto todas las cosas en sus manos y que, como era venido de *Dios*, a *Dios* volvía;

Levántase de la mesa y quítase sus vestidos y, habiendo tomado una toalla, se la ciñe (XIII, 3-4).

58. En la casa de *mi Padre* hay muchas mansiones; que si no fuese así, os lo hubiera Yo dicho; Yo voy a preparar lugar para vosotros (XIV, 2).

59. Yo soy el camino y la verdad y la vida; nadie viene *al Padre* sino por Mí.

Si me hubiéseis conocido a Mí, hubiérais, sin duda, conocido también a *mi Padre*; pero lo conoceréis luego y ya le habéis visto.

Dícele Felipe: Señor, muéstranos *al Padre* y eso nos basta.

Jesús le responde: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros; ¿y aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a Mí ve también *al Padre*. Pues ¿cómo dices tú: muéstranos *al Padre*?

¿No creéis que Yo estoy en *el Padre* y que *el*

*Padre* está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de Mí mismo. *El Padre* que está en mí, *El mismo* hace las obras.

¿No creéis que estoy en *el Padre* y que *el Padre* está en Mí?

Creedlo, a lo menos, por las obras que Yo hago. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en Mí, ése hará también las obras que Yo hago, y las hará todavía mayores, por cuanto Yo me voy *al Padre*.

Y cuanto pidiéreis *al Padre* en mi nombre Yo lo haré, a fin de que *el Padre* sea glorificado en el Hijo (XIV, 6-13).

60. Y Yo rogaré *al Padre*, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente (XIV, 16).

61. Entonces conoceréis vosotros que Yo estoy en *mi Padre* y vosotros en Mí y Yo en vosotros.

Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado de *mi Padre*; y Yo le amaré y Yo mismo me manifestaré a él (XIV, 20-21).

62. Cualquiera que me ama, observará *mi* doctrina, y *mi Padre* le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él (XIV, 23).

63. El que no me ama no practica *mi* doctrina. Y la doctrina que habéis oído no es mía, sino *del Padre* que me ha enviado (XIV, 24).

64. Mas, el Consolador, el Espíritu Santo, que *mi Padre* enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas (XIV, 26).

65. Oído habéis que os he dicho: Me voy y vuelvo a vosotros. Si me amáseis, os alegraríais sin duda, de que Yo voy *al Padre*: porque *el Padre* es mayor que Yo (XIV, 28).

66. Mas, para que conozca el mundo que Yo amo *al Padre* y que cumplo con lo que me ha mandado, levantaos y vamos de aquí (XIV, 31).

67. Yo soy la verdadera vid y *mi Padre* es el labrador.

Todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, lo cortará; y a todo aquel que diere fruto, lo podará para que dé más fruto (XV, 1-2).

68. *Mi Padre* queda glorificado en que vosotros llevéis mucho fruto y seáis discípulos míos.

Al modo que *mi Padre* me amó, así os he amado Yo. Perseverad en mi amor.

Si observáreis mis preceptos, perseveraréis en mi amor; así como Yo también he guardado los preceptos de *mi Padre* y persevero en su amor (XV, 8-10).

69. Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas, a vosotros os he llamado amigos; porque os he hecho saber cuantas cosas oí de *mi Padre*.

No me elegísteis vosotros a mí; sino que Yo soy el que os he elegido a vosotros y destinado para que vayáis (por todo el mundo) y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero, a fin de que, cualquiera cosa que pidiéreis *al Padre* en mi nombre, os la conceda (XV, 15-16).

70. El que me aborrece a Mí, aborrece también a *mi Padre*.

Si Yo no hubiera hecho entre ellos obras tales, cuales ningún otro ha hecho, no tendrían culpa; y las han visto, y me han aborrecido a Mí y a *mi Padre* (XV, 23-24).

71. Mas, cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede *del Padre* y que Yo os enviaré de parte de *mi Padre*, El dará testimonio de Mí (XV, 26).

72. Os tratarán de esta suerte, porque no conocen *al Padre* ni a Mí (XVI, 3).

73. Mas ahora me voy a *Aquel que me envió*: y ninguno de vosotros me pregunta: ¿a dónde vas? (XVI, 5).

74. Y cuando venga el Consolador, convencerá al mundo...

Respecto a la justicia, porque Yo me voy *al Padre*, y ya no me veréis (XVI, 8-11).

75. Todo lo que tiene *el Padre* es mío. Por eso he dicho que (el Espíritu de verdad) recibirá de lo mío y os lo anunciará (XVI, 15).

76. Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis a ver; porque me voy *al Padre* (XVI, 16).

77. Entonces no habréis de preguntarme cosa alguna. En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidiéreis *al Padre* en mi nombre, os lo concederá.

Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: *pedidle* y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo (XVI, 23-24).

78. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas *del Padre*:

Entonces le pediréis en mi nombre; y no os digo que Yo intercederé con *mi Padre* por vosotros.

Siendo cierto que *el mismo Padre* os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que Yo he salido *de Dios* (XVI, 25-27).

79. Salí *del Padre* y vine al mundo; ahora dejo el mundo y otra vez voy *al Padre* (XVI, 28).

80. Pues, sabed que viene el tiempo, y ya llegó, en que seréis esparcidos, cada uno de vosotros por su lado, y me dejaréis solo; si bien que no estoy solo, porque *el Padre* está conmigo (XVI, 32).

## Afectuosa oración de Jesús a su Eterno Padre

81. Estas cosas habló Jesús; y, levantando los ojos al cielo, dijo: *Padre*, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a *Ti* (XVII, 1).

82. Pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado (2).

83. Y la vida eterna consiste en conocerte a *Ti*, sólo *Dios verdadero*, y a Jesucristo, a quien *Tú* enviaste (3).

84. Y *te* he glorificado en la tierra: tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste.

Ahora, glorifícame *Tú* ¡oh *Padre!* en *Ti* mismo, con aquella gloria que tuve Yo en *Ti*, antes que el mundo fuese (4-5).

85. Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo. *Tuyos* eran y me los diste, y ellos han puesto por obra *tu palabra* (6).

86. Ahora han conocido que todo lo que me diste, viene de *Ti* (7).

87. Porque Yo les dí las palabras que *Tú* me diste; y ellos las han recibido y han reconocido verdaderamente que Yo salí de *Ti*, y han creído que me has enviado (8).

88. Por ellos ruego Yo. No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque *tuyos* son.

89. Y todas mis cosas son *tuyas*, como las *tuyas* son mías; y en ellos he sido glorificado (9-10).

90. Yo ya no estov en el mundo, pero éstos quedan en el mundo: Yo estoy de partida para *Ti*. ¡Oh *Padre santo!* guarda en tu nombre a éstos

que *Tú* me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como *Nosotros* lo somos (11).

91. Mientras estaba Yo con ellos, Yo los defendía en tu nombre. Guardado he los que *Tú* me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición, cumpliéndose así la Escritura (12).

92. Mas, ahora vengo a *Ti*, y digo esto en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo Yo (13).

93. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo; así como Yo tampoco soy del mundo (14).

94. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal (15).

95. Ellos no son del mundo, como ni Yo tampoco soy del mundo (16).

96. Santifícalos en la verdad. La palabra *tuya* es la verdad (17).

97. Así como *Tú* me has enviado al mundo, así Yo los he enviado también a ellos al mundo (18).

98. Y Yo por amor de ellos me santifico a Mí mismo; con el fin de que ellos sean santificados en la verdad (19).

99. Pero, no ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en Mí por medio de su predicación (20).

100. Que todos sean una misma cosa y que, como *Tú* ¡oh *Padre!* en Mí y Yo en *Ti*, así sean ellos una misma cosa en *Nosotros*; para que crea el mundo que *Tú* me has enviado.

101. Yo les he dado la gloria que *Tú* me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos *Nosotros* (21-22).

102. Yo en ellos y *Tú* en Mí, a fin de que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que

*Tú* me has enviado y amádoslos a ellos como a Mí me amaste (23).

103. ¡Oh *Padre!* Yo deseo que aquellos que *Tú* me has dado, estén conmigo allí mismo donde Yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual *Tú* me la has dado; porque *Tú* me amaste desde antes de la creación del mundo (24).

104. ¡Oh *Padre* justo! el mundo no te ha conocido; Yo sí que te he conocido; y éstos han conocido que *Tú* me enviaste (25).

105. Yo, por mi parte, les he dado y daré a conocer *tu nombre*, para que el amor con que me amaste, en ellos esté, y Yo en ellos (26).

106. Jesús dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina. El cáiz que me ha dado *mi Padre*, ¿he de dejar Yo de beberle? (XVIII, 11).

107. No me toques, porque no he subido todavía a *mi Padre*; mas, ve a mis hermanos y diles: subo a *mi Padre* y *vuestro Padre*; a *mi Dios* y *vuestro Dios* (XX, 17).

108. La paz sea con vosotros. Como *mi Padre* me envió, así os envió también a vosotros (XX, 21).

## Hechos de los Apóstoles

1. Y, comiendo (Jesús con los Apóstoles), les mandó que no partiesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa *del Padre*, la cual (dijo), oísteis de mi boca (I, 4).

2. Entonces los que se hallaban presentes le hicieron esta pregunta: Señor, ¿si será éste el tiempo en que has de restituir el reino a Israel?

A lo cual respondió (Jesús): «No os corresponde a vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene *el Padre* reservados a su poder» (I, 6-7).

3. Este Jesús, a quien *Dios* ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos.

Elevado, pues (al cielo), a la diestra de *Dios*, y habiendo recibido de *su Padre* la promesa de (enviar al) Espíritu Santo, le ha derramado (hoy sobre nosotros), del modo que estáis viendo y oyendo.

Porque no es David el que subió al cielo; antes bien, él mismo dejó escrito: «Dijo *el Señor* a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras a tus enemigos los pongo *Yo* por tarima de tus pies» (II, 32-35):

4. *El Dios* de Abrahán, *el Dios* de Isaac y *el Dios* de Jacob; *el Dios* de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros habéis entregado y negado en el tribunal de Pilato (III, 13).

5. Os anunciamos el cumplimiento de la promesa hecha a nuestros padres.

La cual nos ha hecho *Dios* ver a nosotros, sus hijos resucitando a Jesús, en conformidad a lo que se halla escrito en el Salmo segundo: «Tú eres Hijo mío; *Yo* te dí hoy el ser».

Y para manifestar que le ha resucitado de entre los muertos para nunca más morir, dijo así: «*Yo* cumpliré fielmente las promesas juradas a David».

Y por eso mismo dice en otra parte: «No permitirás que tu Santo experimente la corrupción» (XIII, 32-35).

## Epístolas de San Pablo

1. Lo que era imposible que la Ley hiciese, estando debilitada por la carne, hizo *Dios*, cuando, habiendo enviado a su Hijo (revestido) de una carne semejante a la del pecado (y héchole víc-

tima) por el pecado, mató así el pecado en la carne (Rom. VIII, 3).

2. Los que se rigen por el Espíritu *de Dios*, son hijos de *Dios*.

Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual, clamamos: *Abba ¡oh Padre!*

Porque el mismo Espíritu está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de *Dios*.

Y siendo hijos, somos también herederos: herederos de *Dios* y coherederos con Cristo con tal, no obstante, que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados (Rom., VIII, 14-17).

3. Sabemos también nosotros que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a *Dios*, de aquellos, digo, que *El* ha llamado, según su decreto, para ser santos.

Pues, a los que *El* tiene previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo, por manera que sea el mismo (Hijo) el Primogénito entre muchos hermanos.

Y a estos que ha predestinado, también los ha llamado, y a quienes ha llamado, también los ha justificado, y a los que ha justificado, también los ha glorificado.

Después de esto, ¿qué diremos? Si *Dios* está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

*Él* que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habérnosle dado a El, dejará de darnos cualquiera otra cosa? (Rom., VIII, 28-32).

4. Cristo no buscó su propia satisfacción, antes bien, como está escrito (decía a *su Padre*): «Los oprobios de los que te ultrajaban, vinieron a descargar sobre Mí» (Rom., XV, 3).

5. *Dios*, por el cual habéis sido llamados a la compañía de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, es fiel (en sus promesas) (I.<sup>a</sup> Cor. I, 9).

6: Todas las cosas son vuestras.....: el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro, todo es vuestro:

Vosotros, empero, sois de Cristo y Cristo es de *Dios* (*su Padre*) (1.<sup>a</sup> Cor. III, 22-23).

7. Pues, aunque haya algunos que se llamen dioses, ya en el cielo, ya en la tierra;

Sin embargo, para nosotros no hay más que un solo *Dios*, que es *el Padre*, del cual tienen el ser todas las cosas y que nos ha hecho para *El*; y un solo Señor, Jesucristo, por quien han sido hechas todas las cosas, y somos nosotros por *El* (1.<sup>a</sup> Cor. VIII, 5-6).

8. Y será el fin (del mundo), cuando (Cristo) hubiere entregado su reino a *su Dios y Padre*, cuando habrá destruído todo imperio y toda potencia y toda dominación.

Entre tanto, debe reinar, hasta ponerle (*el Padre*) a todos los enemigos debajo de sus pies.

Y la muerte será el último enemigo destruído; porque todas las cosas las sujetó (*Dios*) debajo de los pies de su Hijo. Mas, cuando dice (la Escritura):

«Todas las cosas están sujetas a *El*», sin duda queda exceptuado *Aquel* que se las sujetó todas.

Y cuando ya todas las cosas estuvieren sujetas a *El*, entonces el Hijo mismo quedará sujeto al que se las sujetó todas, a fin de que *Dios* sea todo en todos (1.<sup>a</sup> Cor. XV, 24-28).

9. Todos sois hijos *de Dios* por la fe en Jesucristo (Gal. III, 26).

10. Y, por cuanto vosotros sois hijos, envió

Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: *Abba, ¡Padre!*

Y así ninguno es ya siervo, sino hijo, y, siendo hijo es también *heredero de Dios* (Gal IV, 6-7).

11. La gracia sea con vosotros y la paz de Dios, Padre nuestro y del Señor Jesucristo.

Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo.

Así como *El mismo* nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mácula en su presencia, por la caridad.

Habiéndonos predestinado para ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo, a gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad.

A fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos en su querido Hijo,

En quien por su sangre logramos la redención y el perdón de los pecados por las riquezas de su gracia,

Que con abundancia ha derramado sobre nosotros, (colmándonos) de toda sabiduría y prudencia,

Para hacernos conocer el misterio de su voluntad, fundada en su beneplácito, por el cual se propuso,

El restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra por El mismo.

Por El fuimos también nosotros llamados por suerte, predestinados según el decreto de *Aquel* que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad,

Para que seamos la gloria de las alabanzas de Cristo, nosotros que hemos sido los primeros en esperar en El (Ef. I, 2-12).

12 No ceso de dar gracias (a *Dios*) por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones,

Para que *Dios, Padre glorioso* de nuestro Señor Jesucristo, os dé espíritu de sabiduría y la ilustración para conocerle,

Iluminando los ojos de vuestro corazón, a fin de que sepáis cuál es la esperanza de su vocación y cuáles las riquezas y la gloria de su herencia (destinada) para los santos,

Y cuál aquella soberana grandeza de su poder sobre nosotros, que creemos según la eficacia de su poderosa virtud,

Que *El* ha desplegado en la persona de Cristo, resucitándole de entre los muertos y colocándole a su diestra en los cielos,

Sobre todo principado y potestad, y virtud y dominación, y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo sino también en el futuro:

Ha puesto todas las cosas debajo de los pies de *El* y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia.

La cual es su cuerpo, y en la cual Aquel que lo completa todo en todos, halla el complemento (Ef. I, 16-23).

13. Uno (es el) Señor, una (la) fe, uno el Bautismo.

Uno *el Dios y Padre* de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas y en todos nosotros.

Si bien a cada uno se le ha dado la gracia a medida de la donación de Cristo (Ef. IV, 5-7).

14. Sed, pues, imitadores de *Dios* como hijos muy queridos,

Y proceded con amor (hacia vuestros hermanos), a ejemplo de lo que Cristo nos amó y se

ofreció a Sí mismo *a Dios* en oblación y hostia de olor suavísimo (Ef. V, 1-2).

15. No seáis indiscretos, sino atentos sobre cuál es la voluntad de *Dios*.

Dando siempre gracias por todo a *Dios Padre*, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Ef. V, 17 y 20).

16. Porque habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo.

El cual, teniendo la naturaleza de *Dios*, no fué por usurpación, (sino por natural) el ser igual a *Dios*;

Y no obstante, se anonadó a Sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre.

Se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por lo cual, también *Dios* lo ensalzó y le dió nombre superior a todo nombre,

A fin de que, al nombre de Jesús, se doble toda la rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno;

Y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de *Dios Padre* (Fil. II, 5-11).

17. Por eso... no cesamos de orar por vosotros y de pedir (*a Dios*) que alcancéis pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual,

A fin de que sigáis una conducta digna de *Dios*, agradándole en todo, produciendo fruto en toda especie de obras buenas y adelantando en la ciencia de *Dios*...

Dando gracias a *Dios Padre* que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos, con la luz (del Evangelio).

Que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo amado;

Por cuya sangre hemos sido rescatados y recibido la remisión de los pecados,

Y el cual es imagen *del Dios invisible*, engendrado (*ab æterno*,) ante toda creatura (Col. I, 9 y 10, 12 a 15).

18. Pues, plugo (*al Padre*) poner en El la plenitud de todo sér (Col. I, 19).

19. Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, (hacedlo) todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de El gracias a *Dios Padre* (Col. III, 17).

20. ¡Oh! quiera *el Dios y Padre nuestro* y nuestro Señor Jesucristo, dirigir nuestros pasos hacia vosotros,

A fin de fortalecer vuestros corazones en santidad y (ser) irrepreensibles delante *de Dios y Padre nuestro*, para cuando venga nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. Amén (1.<sup>a</sup> Tes. III, 11 y 13).

21. *Dios*, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas,

Nos ha hablado últimamente, en estos días por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos;

El cual, siendo como es el resplandor de *su gloria* y vivo retrato de *su substancia*, y sustentándolo todo con su poderosa palabra, después de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado a la diestra *de la Majestad* en lo más alto de los cielos,

Hecho, tanto más (superior) y excelente que los

ángeles, cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia;

Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: «Hijo mío eres Tú, Yo te he engendrado hoy?» y asimismo: «yo seré Padre suyo y El será Hijo mío.»

Y otra vez, al introducir a su Primogénito en el mundo, dice: «Adórenle todos los ángeles de Dios».

Asimismo, en orden a los ángeles, dice (la Escritura) *El* que a sus ángeles, los hace espíritus, ya sus ministros (activos como la) ardiente llama.

Mientras que al Hijo le dice: El trono tuyo, ¡oh Dios! (subsistirá) por los siglos de los siglos; cetro de rectitud, el cetro de tu reino.

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso *el Dios (y Padre) tuyo* te ungió con óleo de júbilo, mucho más que a tus compañeros (Hebr. I, 1-19).

22. Vemos a aquel mismo Jesús que (por) un poco (de tiempo) fué hecho inferior a los ángeles, coronado de gloria y de honor, por la muerte que padeció, habiendo querido *Dios*, por (pura) gracia (o misericordia) que muriese por todos.

Por cuanto era cosa digna que *Aquel*, para quien y por quien son todas las cosas, habiendo de conducir a muchos hijos (adoptivos) a la gloria, consumase por medio de la pasión al autor de la salvación de los mismos.

Porque el que santifica y los que son santificados, todos (traen) de *Uno* (su origen). Por cuya causa no se desdeña de llamarlos hermanos, diciendo:

«Anunciaré tu nombre a mis hermanos en medio de la Iglesia; cantaré tus alabanzas».

Y en otra parte: «Yo pondré en *El* (toda mi

confianza». Item: «He aquí Yo y mis hijos que Dios me ha dado». (Hebr. II, 9-13).

23. Cristo no se arrogó la gloria de hacerse pontífice, sino (que se la dió) *el que le dijo*: «Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy».

Al modo que también en otro lugar: «Tu eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec».

El cual en los días de su carne (mortal), ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas a *Aquel* que podía salvarle de la muerte, fué oído, en vista de su reverencia.

Y cierto que, aunque era Hijo *de Dios*, aprendió (como hombre), por las cosas que padeció, a obedecer,

Y así consumado, vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (Hebr. V, 5-9).

24. Porque es (de suyo) imposible que con sangre de toros y de machos de cabrío se quiten los pecados.

Por eso (el Hijo *de Dios*), al entrar en el mundo, dice (a *su Padre*):

«Tú no has querido sacrificio ni ofrenda; mas, a Mí me has apropiado un cuerpo,

«Holocaustos por el pecado no te han agradado,

«Entonces dije: Heme aquí que vengo, según está escrito de Mí al principio del libro, para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad» (Hebr. X, 4-7).

25. Os habéis olvidado de las palabras de consuelo que os dirige (*Dios*) como a hijos, diciendo (en la Escritura): «Hijo mío, no desprecies la corrección *del Señor*, ni caigas de ánimo cuando te reprende».

Porque *el Señor* al que ama le castiga y a cual-

quiera que recibe por hijo suyo le azota (y le prueba con adversidades).

Sufrid, pues, la corrección.

*Dios* se porta con vosotros como con hijos. Porque, ¿cuál es el hijo a quien su padre no corrige?

Que si estáis fuera de la corrección de que todos (los justos) participaron, bien se ve que sois bastardos y no hijos.

Por otra parte si tuvimos a nuestros padres carnales que nos corrigieron y los respetábamos, ¿no es mucho más justo que obedezcamos *al Padre de los espíritus* para alcanzar la vida eterna?

Y a la verdad, aquéllos por pocos días nos castigaban a su arbitrio; pero *Este* nos amaestra en aquello que sirve para hacernos santos (Hebr. XII, 5-10).

26. Ofrezcamos, pues, a *Dios* por medio de El, sin cesar, un sacrificio, de alabanza, es a saber, el fruto de labios que bendigan su (*santo*) nombre (Hebr. XIII, 15).

### Epístola Católica del Apóstol Santiago

1. Toda dádiva preciosa y todo dón perfecto, de arriba viene, como que desciende *del Padre de las luces*, en quien no cabe mudanza, ni sombra de variación.

Porque, (por un puro querer) de su voluntad nos ha engendrado (para) hijos suyos con la palabra de la verdad, a fin de que seamos como un comienzo de criatura suya (I, 17-18).

2. La religión pura y sin mácula delante de *Dios Padre*, es ésta: visitar (osocorrer) a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y preservarse de la corrupción de este siglo (I, 27).

## Epístolas del Apóstol San Pedro

1. Bendito sea *el Dios y Padre* de nuestro Señor Jesucristo que por su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza (de vida eterna), mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

Para (alcanzar) una herencia incorruptible, reservada en los cielos, en vosotros (I, 3-4).

2. Conforme a la santidad *del que os llamó*, sed también vosotros santos en todo vuestro proceder:

Pues está escrito: «Santos habéis de ser, porque *Yo soy santo*».

Y pues que invocáis como *Padre* a *Aquel* que, sin acepción de personas juzga según el mérito de cada cual, habéis de proceder con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación (I, 15-17).

3. Si obrando bien sufrís con paciencia, en eso está el mérito para con *Dios*.

Que para esto fuisteis llamados (a la dignidad de *hijos de Dios*), puesto que también Cristo padeció por nosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas (II, 20-21).

4. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa *de Dios*, para que os exalte al tiempo de su visita.

Descargando en *su (amoroso) seno* todas vuestras solicitudes, pues *El* tiene cuidado de vosotros (V, 6-7).

5. No os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas ingeniosas, sino como testigos oculares de su grandeza;

Porque al recibir de *Dios Padre* aquel glorioso testimonio, cuando desde (la nube en) que pare-

ció con tanta brillantez *la gloria (de Dios)*, descendió *una voz* que decía: «Este es mi Hijo amado en quien estoy complaciéndome, escuchadle».

Nosotros oímos también *esta voz* venida del cielo (y vimos su gloria), estando con El en el monte santo (2.<sup>a</sup> I, 16-18).

### Epístolas del Apóstol San Juan

1. Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palparon nuestras manos, tocante al Verbo de la vida;

Vida que se hizo patente; y la vimos; y damos de ella testimonio, y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en *el Padre* y se dejó ver de nosotros;

Esto que vimos y oímos es lo que anunciamos, para que tengáis también vosotros unión con nosotros y nuestra unión sea con *el Padre* y con su Hijo Jesucristo.

Y os lo escribimos para que os gocéis, y vuestro gozo sea cumplido.

Y la nueva que oímos del mismo (Jesucristo) y os anunciamos es: que *Dios es luz*, y en *El no hay tinieblas ningunas*.

Si dijéremos que tenemos unión con *El* y andamos entre tinieblas, mentimos y no tratamos verdad.

Pero si caminamos a la luz, *como El está asimismo en la luz*, tenemos nosotros una común y mutua unión, y la sangre de Jesucristo *su Hijo*, nos purifica de todo pecado (I, 1-7).

2. Hijitos míos, estas cosas os escribo a fin de que no pequéis; pero, aun cuando alguno (por desgracia), pecare, (no desespere, pues) tenemos por

abogado para con *el Padre* a Jesucristo justo (y santo) (II, 1).

3. No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no habita en él *la caridad del Padre*;

Porque todo lo que hay en el mundo es, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, lo cual no nace *del Padre*, sino del mundo.

Y el mundo pasa y su concupiscencia: Mas, el que hace la voluntad de *Dios* permanece eternamente (II, 15-17).

4. ¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús es el Cristo? Este es un Anticristo, que niega *al Padre* y al Hijo.

Cualquiera que niega al Hijo, tampoco reconoce *al Padre*; quien confiesa al Hijo, también *al Padre* confiesa.

Vosotros, estad firmes en la doctrina que desde el principio habéis oído. Si os mantenéis en lo que oísteis al principio, también os mantendréis en el Hijo y *en el Padre*.

Y ésta es la promesa que nos hizo *El mismo*: La vida eterna (II, 22-25).

5. Y, pues, sabéis que (*Dios*) es justo, sabed igualmente que, quien vive según justicia, es hijo de *El mismo* (II, 29).

6. Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido *el Padre*, queriendo que nos llamemos *hijos de Dios* y lo seamos (en efecto). Por eso el mundo no hace caso de nosotros, porque no conoce a *El (Dios, nuestro Padre)* (III, 1).

7. Carísimos, si nuestro corazón no nos redarguye, podemos acercarnos a *Dios* con confianza.

Y, cuanto le pidiéremos, recibiremos de *El*, pues que guardamos *sus mandamientos* y hace-

mos las cosas que son agradables en su presencia.

En suma, este es *su mandamiento*, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amamos mutuamente, conforme nos tiene mandado.

Y el que guarda *sus mandamientos* mora en *Dios* y *Dios* en él; y por esto conocemos que *El* mora en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (III, 21-24)

8. Amémonos los unos a los otros, porque la caridad procede *de Dios* y todo aquel que ama es *hijo de Dios* y conoce a *Dios*.

Quien no tiene amor no conoce a *Dios*, puesto que *Dios es caridad*.

En esto se demostró *la caridad de Dios* hacia nosotros, en que *Dios* envió a su Hijo Unigénito al mundo, para que, por *El*, tengamos la vida.

Y en esto consiste *su caridad*; no porque nosotros hayamos amado a *Dios*, sino que *El* nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo (a ser víctima de) propiciación por nuestros pecados (IV, 7-10).

9. Nosotros fuimos testigos de vista, y damos testimonio de que *el Padre* envió a su Hijo para ser el Salvador del mundo (IV, 14).

10. Nosotros, asimismo, hemos conocido y creído *el amor que nos tiene Dios*.

*Dios es caridad*, y el que permanece en caridad, *en Dios* permanece y *Dios* en él (IV, 16).

11. En esto está la perfecta caridad *de Dios* con nosotros, que nos da confianza para el día del juicio; pues que como *El es*, así somos nosotros en este mundo (IV, 17).

12. Amemos, pues, a *Dios*, ya que *Dios* nos amó *El* primero (IV, 19).

13. Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es *hijo de Dios*, y quien ama al *Padre*, ama también a su Hijo.

En esto conocemos que amamos a los hijos de *Dios*, si amamos a *Dios* y guardamos sus mandamientos.

Por cuanto el amor *de Dios* consiste en que observemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados.

Así es que todo *hijo de Dios* vence al mundo; y lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fe (V, 1-4).

14. Porque Tres son los que dan testimonio en el cielo: *el Padre*, el Verbo y el Espíritu Santo; y *estos Tres son una misma cosa* (V, 7).

15. Si admitimos el testimonio de los hombres, de mayor autoridad es el testimonio *de Dios*; ahora bien, *Dios*, cuyo testimonio es el mayor, es el que ha dado de su Hijo este testimonio.

El que cree (pues), en el Hijo *de Dios* tiene el testimonio *de Dios* consigo. El que no cree al Hijo, le trata de mentiroso, porque no ha creído el testimonio que *Dios* ha dado de su Hijo.

Y este testimonio (nos enseña) que *Dios* nos dió vida eterna, la cual vida está en su Hijo.

Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo, no tiene la vida (V, 9-12).

16. Sabemos que todo aquel que es *hijo de Dios* no peca; mas, el nacimiento que tiene de *Dios*, le conserva, y el maligno espíritu no le toca.

Sabemos que somos *de Dios*, al paso que el mundo todo está poseído del mal espíritu.

Sabemos también que vino el Hijo *de Dios*, y que nos ha dado discreción para conocer *al verdadero Dios* y para estar en su Hijo verdadero. *Este es el verdadero Dios y la vida eterna* (V, 18-20).

17. Gracia, misericordia y paz sea con vosotros en verdad y caridad, de parte *de Dios Pa-*

dre y de Cristo Jesús, el Hijo *del Padre* (2.<sup>a</sup> I, 3):

18. Todo aquel que no persevera en la doctrina de Cristo, sino que se aparta de ella, no tiene *al Dios*; el que persevera en ella, ése tiene *al Padre* y al Hijo (2.<sup>a</sup> I, 9).

## Apocalipsis

1. Al que venciere, le haré sentar conmigo, en mi trono, así como Yo fuí vencedor y me senté con *mi Padre* en su trono (III, 21).

2. Cada uno de los cuatro animales tenía seis alas, y por afuera y por adentro estaban llenos de ojos, y no réposaban de día ni de noche, diciendo: *Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es, y el cual ha de venir.*

Y mientras aquellos animales tributaban gloria y honor y bendición *al que estaba sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos,*

Los veinticuatro ancianos se postraban delante *del que estaba sentado en el trono* y adoraban *al que vive por los siglos de los siglos*, y ponían sus coronas ante el trono, diciendo:

Digno eres ¡oh *Señor Dios nuestro!* de recibir la gloria y el honor, y el poderío, porque *Tú* criaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron criadas (IV, 8-11).

3. Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos, y todos, así esclavos como libres, se escondieron en las grutas y entre las peñas de los montes;

Y decían a los montes y peñascos: Caed sobre nosotros y escondednos de la cara de *Aquél que está sentado en el trono*, y de la ira del Cordero:

Porque llegado es el día grande de la cólera de ambos, ¿y quién podrá soportarla? (VI, 15-17).

4. Y, he aquí que miré; y ví que el Cordero estaba sobre el monte Sión y con El ciento y cuarenta y cuatro mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de El y el nombre de su *Padre* (XIV, 1).

5. ...Estos fueron rescatados de entre los hombres como primicias para *Dios* y para el Cordero (XIV, 4).

6. Ni se halló mentira en su boca; porque están sin mácula ante el trono de *Dios* (XIV, 5).

7. Y, cantando el cántico de Moisés, siervo de *Dios* y el cántico del Cordero, diciendo: «Grandiosas y admirables son tus obras, ¡oh *Señor Dios omnipotente!* justos y verdaderos son tus caminos, ¡oh *Rey de los siglos!*»

«¿Quién no temerá ¡oh *Señor!* y (no) engrandecerá *tu (santo) nombre?* Puesto que *Tú* sólo eres piadoso; de aquí es que todas las naciones vendrán, y se postrarán en tu acatamiento, visto que tus juicios están manifiestos» (XV, 3-4).

8. Aquí oí al ángel de las aguas que decía: «Justo eres, *Señor, Tú que eres y has sido Santo* en estos juicios que ejerces» (XVI, 5).

9. Y a otro oí que decía desde el altar: «Sí, por cierto, *Señor Dios Todopoderoso;* verdaderos y justos son tus juicios» (XVI, 7).

10. Y oí una voz grande que venía del trono, y decía: «Ved aquí el tabernáculo de *Dios*, entre los hombres, y (*el Señor*) morará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo *Dios*, habitando en medio de ellos, será su *Dios*».

Y *Dios* enjugará de sus ojos todas las lágrimas; ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas.

Y dijo *el que estaba sentado en el solio*: «He

aquí que renuevo todas las cosas». Y díjome a mí: «Escribe, porque todas estas palabras son dignísimas de fe y verdaderas».

Y díjome: (Esto) es hecho. *Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin*. Al sediento, *Yo le daré de beber graciosamente de la fuente del agua de la vida*.

«El que venciere, poseerá estas cosas, *Yo seré su Dios* y él será mi hijo (XXI, 3-7).

11. *Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas, y el pavimento de la ciudad oro puro y transparente como el cristal*.

Y yo no vi templo en ella. Por cuanto el *Señor Dios omnipotente* es su templo, con el Cordero.

Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbrén en ella; porque la claridad *de Dios* la tiene iluminada, y su lumbrera es el Cordero (XXI, 21-23).

12. Allí no habrá jamás maldición alguna: sino que *Dios* y el Cordero estarán de asiento en ella, y sus siervos le servirán.

Y verán *su cara* y (tendrán) *el nombre de El* sobre sus frentes.

Y allí no habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, por cuanto *el Señor Dios* los alumbrará; y reinarán por los siglos de los siglos (XXII, 3-5).





## PARTE SEGUNDA

### EL PADRE CELESTIAL

Si en el instante en que aparecieron en nuestro entendimiento los albores de la razón, hubiéramos tenido la dicha de percibir los últimos ecos del arrullo divinamente tierno que hasta entonces nos adormeciera en el regazo paternal de nuestro Creador, ese grato recuerdo habría producido, indudablemente, en nuestras almas dulces frutos de santa dilección.

Mas, ¡oh desventura! la culpa que mancillara nuestro origen, había destruido casi totalmente los vínculos sagrados que nos unían al Supremo Hacedor, dejándonos en esa edad primera sumidos en las tinieblas de la ignorancia y en un completo olvido de Dios.

Ahora bien, si para un hijo amante y agradecido es motivo de inmenso desconsuelo el no haber podido corresponder a la ternura de los seres que le dieron la vida corporal, ¿qué será razón que sienta el alma, creada por el Altísimo a imagen de su propia substancia, al ver la indignidad de su conducta para con el Sumo Creador y Padre amorosísimo, no ya durante esa primera infancia, sino después de haber llegado a la plenitud de la razón?

Y si tan sólo el título de criaturas de Dios es suficiente motivo para llenarnos de reconocimiento y de ternura, la singular prerrogativa de hijos y herederos, mil veces más preciosa y estimable, debiera arrebatarnos de santa admiración, incitándonos a emplear en el amor y servicio del Padre celestial todas las energías de nuestra alma y el ardoroso entusiasmo de todo nuestro ser.

¡Oh Dios y Padre amorosísimo! ahora que mediante vuestra gracia reconozco la alteza del dón que nos habéis hecho en vuestra adopción divina, deploro amargamente la indignidad de mi proceder y la extrema ingratitud con que he correspondido a vuestras inagotables bondades. Sabía que sois mi Padre y, sin embargo, por no dar la debida importancia a este insigne beneficio, ¡cuánto tiempo hace que experimento las consecuencias de mi voluntaria orfandad!

Penetrado del más sincero arrepentimiento, me prosterno a vuestras plantas sacratísimas para deciros con el Pródigo: ¡Padre mío, he pecado contra el cielo y contra Vos!... ¡He desconocido vuestro amor, olvidado vuestros favores y despreciado el amor incoparable que me brindáis con tanta misericordia!... ¡No soy digno de ser llamado hijo vuestro!

Mas, ya que movido a piedad con vuestro siervo, habéis iluminado mi espíritu para que salga de su funesta ignorancia, encaminad mis pasos por la senda de este divino conocimiento, hasta que logre la entera posesión de vuestro amor.

¡Oh Padre amorosísimo, fuente perenne de vida, de gozo y de dulzura inefable! haced que viva sólo para Vos y que con vuestro adorable Hijo me inmolé y sacrifique a vuestra gloria; pero, en la medida en que se acrecienta en mi alma vuestro

divino conocimiento, permitidme que trabaje también por haceros conocer y amar.

## I

### Dios Padre en el Antiguo Testamento

Si estudiamos aquel libro sagrado donde se narra la creación del mundo, obra maravillosa sacada de la nada con sólo una palabra del Creador omnipotente, seguida de aquella otra multitud de prodigios estupendos que lo revisten de misterioso encanto, hallaremos admirablemente destacada la imponente y majestuosa figura del Padre celestial.

Debemos tener entendido que la Santa Escritura resume en la Primera Persona de la augusta Trinidad las perfecciones divinas de santidad, poder, justicia, sabiduría, eternidad, providencia, para proclamar una sola Divinidad indivisible y perfecta, en oposición a los falsos dioses que reinaban en el mundo; por lo cual, siempre que habla de Dios, se refiere principalmente al Padre.

En aquellos primeros tiempos era casi desconocido el misterio de la augusta Trinidad, aun cuando algunos Patriarcas y Profetas tuvieron sobre el Mesías especiales revelaciones. David, por ejemplo, dice en este sentido: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra.* (Salmo CIX, 1); y el profeta Isaías parece hacer alusión a las tres divinas Personas en aquella triple alabanza que oyó alternar a los Serafines ante el trono del Altísimo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.* Sin embargo, no pasó más adelante este conocimien-

tó, y sus palabras permanecieron ocultas en las sombras de las profecías. Era que no había sonado la hora prefijada en los divinos decretos, y debieron transcurrir cuarenta siglos antes que el Verbo y el Espíritu Santo se dignaran manifestarse.

La conducta de Dios Padre para con sus criaturas, desde la creación del mundo hasta el advenimiento de su divino Hijo, período de su inmediato gobierno, es sobre todo punto admirable. El hombre, destinado a su amor y servicio, trastornando sus amorosos designios, desconoció su ley, abusó de su bondad y ultrajó su misericordia, hasta el punto de renunciar formalmente a su amistad, y, ¿qué hizo entonces este Padre bondadosísimo? Segregó de entre aquellos hijos rebeldes a uno solo que le había permanecido fiel y, derramando sobre él la plenitud de sus bendiciones, lo constituyó padre de aquel pueblo que había de ser el predilecto de sus amores y objeto de su ternura más exquisita. Y más adelante, ¿de qué medios no se valió para preservarlos de la idolatría, fortificar su espíritu abatido y encaminarlos por la senda de sus preceptos? Sea que los exalte o los humille, que los mortifique o vivifique; en la paz o en la guerra, en la libertad o en la opresión, en la patria o en el destierro; por medio de promesas o de castigos, de adversidades o de consuelos, siempre y en toda circunstancia es el Padre amoroso y benigno, el Señor de las misericordias.

Empero, si grande y maravillosa se muestra la bondad del Padre celestial durante esos cuatro mil años de su solícito gobierno, todavía resplandece inmensamente más en la obra de la Redención; como quiera que para ello debió sacrificar los más tiernos y delicados afectos de su Sér infi-

nito. Bien hubiera podido, con sólo una palabra, destruir a la criatura ingrata y culpable, substituyéndola por otros seres más sumisos y agradecidos; pero, amaba con gran ternura la obra de sus manos y *no tuvo reparo*, como dice San Pablo, *en enviar a su Hijo, revestido de una carne, semejante a la del pecado y, haciéndole víctima por el pecado, mató así el pecado en la carne* (Rom. VIII, 3).

## II

### El Padre Celestial y su Hijo

Con la venida de nuestro Señor Jesucristo a la tierra comienza, por decirlo así, la segunda época de la divina historia.

Parece que Dios Padre se hubiera aquí recogido dentro de Sí mismo para reconcentrar toda su atención en el Hijo amado que, revestido de la humana naturaleza, daba principio en el seno de la Virgen Madre a su voluntaria inmolación.

¡Oh misterio de caridad eterna! Un atractivo irresistible le inclina hacia su Verbo, cual si quisiera enjugar por Sí mismo las lágrimas de sus ojos y recibir en su amoroso seno los suspiros de su corazón. ¡Padre! ¡Padre! Después de un prodigio de amor tan estupendo, ¿qué no podremos esperar de Vos?

No contento con darle una Madre incomparable, adornada con todos los dones de la naturaleza y de la gracia, para que tuviese junto a Sí una imagen completa del Padre celestial, delegó sus paternales derechos al santo y justo José, proveyendo de esta manera con solícita ternura a cuanto pudiera hacerle menos doloroso su destierro.

¿Quién podrá imaginarse cuáles serían las comunicaciones dulcísimas de su amor inefable, los íntimos coloquios que mantendría con el Hijo amado, expresión de sus sentimientos y vivo retrato de su substancia? No es, pues, extraño que cuando Jesús se humilló públicamente para recibir de manos del santo Precursor el bautismo de penitencia, se escapara del Padre celestial aquella exclamación tan espontánea como tierna: «*Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi complacencia*» (San Mateo, III, 17).

Tan elocuente testimonio de la divinidad del Salvador es la solémne presentación que Dios Padre hace de su Hijo amado a la faz de todo el universo, constituyéndole Delegado y Representante de su augusta Persona. Y, más adelante, cuando ratificó en el monte Tabor esos mismos títulos en presencia de tres de los Apóstoles, añadió esta orden terminante: ¡*Escuchadle!* Era la proclamación de su divino magisterio.

### III

#### **Amor del Hijo de Dios hacia su Padre**

No hubo un solo momento en la vida de nuestro divino Salvador que no estuviera enteramente consagrado al Padre celestial. Era su Verbo, su Luz, su Sabiduría desde la eternidad, y por eso vino a revelarnos, en el tiempo, sus bellezas, sus perfecciones y su amor inefable. Pero esta obra que comenzó en la Encarnación, no podía desarrollarse sino a costa de sacrificios inauditos y de trabajo incesante. Vivía en íntimas y sublimes relaciones con su adorado Padre, sin otra regla ni me-

dida que la de su amor; sus privaciones y padecimientos, la obscuridad, el silencio y las humillaciones, todo estaba inspirado y sostenido por esa caridad que no tiene nombre aquí en la tierra y que sobrepuja infinitamente a todos los amores. Había venido para comunicarnos al Incomunicable y, por tanto, su predicación y sus milagros debían dirigirse constantemente a este objeto; de ahí la importancia suma que encierra cada una de sus palabras.

En el desempeño de su misión divina, el Hijo de Dios manifiesta una dependencia absoluta a la voluntad del Padre celestial. *Yo nada hago de Mi mismo, dice, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado. Y el que me ha enviado está siempre conmigo y no me ha dejado solo;* y, dando enseguida la razón, añade: *porque Yo hago siempre lo que es de su agrado* (San Juan, VIII, 28-29). Para manifestar a sus discípulos la intimidad que tenía con el Padre, les decía que su vida estaba en El (San Juan, VI, 58), que hablaba lo que había visto en el Padre (San Juan, VIII, 38), que, quien le veía a El, veía a su Padre (San Juan, XIV, 23).

Con igual entusiasmo trataba de inspirar a los demás ese mismo amor y confianza, sea por medio de la oración dominical, que expresamente compuso con este objeto, o con parábolas tiernísimas en las cuales demuestra muy al vivo la bondad y misericordia infinitas del Padre celestial. Cuando los excitaba a la práctica de alguna virtud se lo proponía por modelo, diciéndoles: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (S. Mateo, V, 48); *Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso* (S. Lucas, VI, 36). Pero, sobre todo, en lo que demuestra

más empeño, es en atribuirle la gloria de sus obras: *Mi doctrina, dice, no es mía, sino del Padre que me ha enviado* (S. Juan, XIV, 24). *No puedo Yo hacer cosa alguna; Yo sentencio, según oigo de mi Padre, y mi sentencia es justa, porque no pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado* (S. Juan, V, 30).

¡Qué admirable ejemplo de humildad! No hay en el Hijo de Dios inspiración, voluntad, ni acción que le sean propias; ¡todo lo hace su Padre! Asimismo, en la resurrección de Lázaro, antes de darle la orden de que volviese a la vida, levantando los ojos al cielo, oró diciendo: *¡Oh Padre! gracias te doy porque me has oído; ya sabía que siempre me oyes, pero lo hago por razón de este pueblo, para que crean que Tú me has enviado* (S. Juan, XI, 41-42). No hace, pues, otra cosa que hablarnos de su Padre; es su Verbo y, por consiguiente, tanto en la tierra como en el cielo, es ésta su principal ocupación. Pero, hay todavía otra circunstancia en que su palabra se reviste de una veneración y ternura indecibles, y es en el momento supremo de su tránsito de este mundo al Padre, cuando, según el Discípulo amado, vió que así como había venido de Dios, a Dios volvía. *¡Oh Padre!* exclama en medio de las dolorosas angustias de su alma, *¡glorifica tu nombre!* (San Juan, XII, 28). *¡Padre, la hora ha llegado! ¡glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique!* (S. Juan, XVII, 1). *Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que Yo lo beba, ¡hágase tu voluntad!* (S. Mateo, XXVI, 42): Y su postrera expresión desde la cruz: *¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!* (S. Lucas, XXIII, 46).

Sin embargo, por muy expresivos que sean los sentimientos de piedad filial que Jesús nos revela

en sus palabras, inmensamente más tiernas y afectuosas serían, a no dudarlo, las secretas comunicaciones de su alma sacratísima. Unido al Padre por una misma naturaleza divina y con pleno conocimiento de sus perfecciones infinitas, ¿qué íntimos coloquios, qué deliciosos entretenimientos, qué sublimes contemplaciones no se sucederían sin interrupción en aquel foco de caridad inextinguible? Al darle cuenta de sus trabajos, del resultado de sus predicaciones, de la buena o mala disposición de los pueblos que evangelizaba, ¿qué luces, qué gracias, qué socorros no obtendría para las almas? Pero, sobre todo, cuando se aproximaba la hora para la cual había venido al mundo, ¿con cuánta generosidad aceptaría los dolores, angustias, humillaciones y tormentos que le esperaban, gozándose en cada uno de ellos, a la vez que rogaba a su Padre que no le dispensase de beber ni una sola gota de su cáliz? Esto y mucho más puede suponerse de la caridad infinita de Jesús y del celo ardiente que le obligó a tomar la naturaleza humana para inmólarle por la gloria del Padre celestial.

#### IV

### Glorificación de Dios Hijo

Tan pronto como el Redentor divino hubo dado digno complemento a la misión que había recibido, el Padre celestial se encargaba por Sí mismo de preparar su glorificación, como lo describe admirablemente el grande Apóstol, cuando dice a los efesios: *Dios, Padre glorioso de nuestro Señor Jesucristo, desplegó la soberana grandeza*

*de su poder y la eficacia de su poderosa virtud en la persona de Cristo, resucitándole de entre los muertos y colocándole a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad, y virtud y dominación y sobre todo nombre por celebrado que sea, no sólo en este siglo sino en el futuro, y puso todas las cosas debajo de los pies de El y le constituyó cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo y en la cual, Aquél que lo completa todo, halla el complemento (I, 19-23).*

La resurrección del Salvador, su triunfante ascensión a los cielos y la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles han sido las postreras manifestaciones públicas del Padre celestial. Cuando hubo consolidado de esta suerte la obra de la Redención y confiado al Hijo y al Espíritu Santo la dirección espiritual de las almas, pareció reconcentrarse dentro de Sí mismo en un dulce reposo, dando tiempo para que el reino de su Unigénito Hijo se extendiese por toda la tierra.

## V

### Sacrificio Eucarístico

Inició Jesús su reinado espiritual en el mundo con una nueva y maravillosa invención del amor infinito.

Sin duda le pareció poco cuanto había hecho y padecido por la gloria del Padre, en beneficio de las almas, y queriendo que su sacrificio se perpetuase hasta el fin de los siglos, buscó en su infinita sabiduría un medio de multiplicarse indefinidamente en los altares y de ahí en todas las almas que dignamente le recibieran sacramentado, para

adorar a su Padre en cada una de ellas y ofrecerle, desde esos santuarios vivientes, los ardorosos afectos de su infinito amor. Mas, como viese con amargo quebranto que no hay momento del día y de la noche en que no se ultraje con gravísimas ofensas a la soberana y eterna Majestad, determinó inmolarse de continuo como víctima a la divina Justicia para ofrecer perpetuamente al Padre celestial una reparación digna de su excelsa grandeza. ¡Así estima el Hijo de Dios la honra de su Padre!

## VI

### **La misión especial de Nuestro Señor Jesucristo es conducir las almas hacia el Padre**

Ahora cabe preguntar: ¿Se contentará el Hijo de Dios con ofrecer por Sí solo al Padre celestial el homenaje de su amorosa y rendida sumisión, sin hacernos participantes de ese bien soberanamente inestimable? De ninguna manera, puesto que nuestro adorable Salvador no ha omitido sacrificio para devolvernos el derecho que habíamos perdido a la herencia eterna, y no sólo desea ardentemente que honremos a Dios Padre con la solicitud y ternura de verdaderos hijos, sino que ha sido éste uno de los principales fines de su venida al mundo. No tenemos más que fijar la vista en el Santo Evangelio para oír de los labios mismos de Jesús lo que nos dice en este sentido: *Ninguno conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo habrá querido revelarlo* (San Mateo, XI, 27); significándonos que serán estériles e infructuosos cuantos esfuerzos podamos hacer de nuestra parte para obtener este divino conoci-

miento, si no lo impetramos con humilde confianza de su infinita bondad. Pero todavía se expresa más claramente cuando, después de haber manifestado al apóstol Santo Tomás que El es el camino, la verdad y la vida, añade: *Nadie viene al Padre sino por Mi.* (San Juan, XIV, 6).

No se trata ya del conocimiento de la Persona adorable del Padre, sino del medio para dirigirse a El, que no es ni puede ser otro que la gracia y amistad de su divino Hijo.

No dudemos, pues, del auxilio de nuestro Señor Jesucristo, ya que con tanto anhelo procura extender el reinado de su Padre en los corazones y, para confirmarnos todavía más en esta verdad, recordemos los elocuentes términos que emplea para expresar este deseo ardiente de su alma: *¡Oh Padre, el mundo no te ha conocido! Yo sí que te he conocido y éstos han conocido que Tú me enviaste. Yo, por mi parte, les he dado y les daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste, en ellos esté y Yo en ellos* (San Juan, XVII, 25-26).

Si cuando comenzaba a difundirse su doctrina, se lamenta así el Salvador de que su Padre no sea conocido, ¿qué no podrá decir ahora, cuando después de veinte siglos de trabajo incésante vivimos en tan grande ignorancia y ceguedad que, teniendo ante nuestros ojos las obras maravillosas de Dios Padre, no las vemos, y oyendo lo que su Verbo con tanto amor y ternura nos dice de El, no lo entendemos? ¡Cuántas veces, a consecuencia de nuestra ingratitud, se habrá visto obligado a decirle: «¡Padre, perdónalos... disculpa su ignorancia, olvida su infidelidad y no retardes por más tiempo la hora en que tus hijos disfruten de las ternuras de tu infinito e incomparable amor!».

*Dios es luz*, ha dicho el Discípulo amado, y *en El no hay tinieblas ningunas* (Epíst. I, 5). No debiera entonces parecernos extraño si en medio de la densa obscuridad que nos rodea apareciesen ante nosotros los albores de la Luz increada.

Sabiendo que este divino conocimiento es una gracia singular, reservada para aquellos a quienes el Verbo divino quiera concederla, recibámosla con humilde y sincero reconocimiento, como dón gratuito de su infinita bondad, en la íntima convicción de que, si la mayor prueba de la caridad de Dios para con el mundo fué la de darnos a su Hijo Unigénito, no ha podido nuestro Señor Jesucristo manifestarnos de un modo más expresivo su ternura que haciéndonos participantes de su amor al Padre.





## PARTE TERCERA

### Medios para llegar al conocimiento del Padre Celestial

Después de habernos convencido plenamente de la necesidad que hay de cooperar a la obra del Salvador divino, mediante la extensión del reinado de Dios Padre en las almas, no nos será difícil dedicarnos al cumplimiento de este deber sagrado bajo la inmediata dirección de Jesucristo, Señor nuestro, el cual a la vez que Maestro sapientísimo, será también nuestro guía y modelo. *Nadie viene al Padre sino por Mí* (S. Juan, XIV, 6).

Condición indispensable para llegar al conocimiento del Eterno Padre es el estar en gracia y amistad con su divino Hijo. *Quien no tiene al Hijo, no tiene la vida* (S. Juan, V, 12), teniendo además entendido que la medida de nuestro amor al Hijo determinará el grado de unión que podamos tener con Dios Padre. *El que me ama será amado de mi Padre. Cualquiera que me ame observará mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos mansión dentro de él* (S. Juan, XIV, 21 y 23).

Magnífica y consoladora promesa, en la cual se nos manifiesta que, de la caridad infinita que

une entre Sí tan íntimamente a las tres divinas Personas, procede ese amor incomparable que induce a la Majestad soberana a identificarse con su creatura.

Si habita, pues, en nosotros la caridad de Cristo, no hay duda de que Dios Padre en unión con su Verbo y el divino Espíritu moran de asiento en nuestro pobre corazón. Allí lo hallaremos día y noche dispuesto a escuchar nuestros clamores y a recibir nuestros sacrificios e inmolaciones; mas, si queremos que estas ofrendas le sean inmensamente gratas, presentémoselas por intermedio de su Hijo santísimo, siguiendo el consejo de San Pablo: *Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de El gracias a Dios Padre* (Col. III, 17).

Esta piadosa disposición de procurar en todas las cosas la gloria y alabanza del Padre celestial no se opone en manera alguna al amor y gratitud que debemos a su divino Hijo, antes bien, por estar tan unidas entre Sí ambas Personas, los homenajes que rendimos al Padre los acepta el Hijo como si fueran propiamente suyos; así lo dice por San Juan: *Mi Padre y Yo somos una misma cosa* (X, 30); y aun es de suponer que le procuren mayor gozo y consuelo, a causa del vehemente deseo que le consume por la gloria del Padre.

Para adquirir este divino conocimiento tenemos, además, otro auxiliar poderosísimo en la Persona del Espíritu Santo, cuyo oficio especial es el de coadyuvar a la acción de Dios Hijo en el gobierno y dirección de las almas. Siendo este adorable Espíritu el Amor del Padre y del Hijo, ninguno puede ser más a propósito para infundir en nosotros el fuego de la divina caridad, puesto

que, si el Verbo es el esplendor del Padre, el eterno Espíritu es su amor y su gozo. Así, pues, este admirable Espíritu que consuma en la augusta Trinidad la unidad y santidad divinas, que acaba de sellarla e identificarla consigo misma, ejercerá también en nuestras almas su misión santificadora, si no ponemos obstáculo a su gracia. Hablando de El nuestro Señor Jesucristo a los Apóstoles en su última despedida antes de entregarse a la muerte, les dijo: *El Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas* (S. Juan, XIV, 26).

Si el Espíritu de luz y de verdad ha sido enviado para instruirnos en la doctrina evangélica, ¿con cuánta más razón no lo hará en lo tocante al conocimiento de la Persona del Padre celestial, que es precisamente el objeto de su incansable anhelo? Para amar a este Padre adorable hemos recibido un corazón divinizado por la presencia del Espíritu Santo, el cual excita sus latidos, clamando al propio tiempo: *Abba, Pater*.

Abandonémonos a los divinos impulsos del Amor infinito para que nos comunique sus encendidos ardores. Pidámosle que trace en nuestras almas los rasgos característicos del Padre celestial: bondad, ternura, misericordia, amor incomparable, los cuales deben ser también el distintivo de sus verdaderos hijos, y que con su divina actividad, extienda por todo el universo el conocimiento y el amor a Dios Padre: *Per te sciamus da Patrem*.

Por último, está a nuestro favor la especial protección de la Inmaculada Virgen María quien, a la vez que Hija predilecta del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo; al igual del Pa-

dre, es también nuestra Madre celestial. Ella y el glorioso San José que, al compartir la divina paternidad de Dios Padre para con su Hijo santísimo, alcanzaron en esta vida tan íntimo conocimiento de sus perfecciones adorables, junto con hacernos estimar la grandeza de la adopción divina, nos inspirarán los sentimientos que deben animarnos para llegar a la posesión del amor que está sobre todos los amores, el que los engrandece y los resume todos: el amor eterno e infinito de Dios Padre.

*Ardenter diligamus Patrem aeternum*, deberá ser la exclamación que, en adelante, brote espontáneamente de nuestro corazón. ¡Amemos ardentemente al Padre Eterno!





## PARTE CUARTA

### Modo de honrar al Padre celestial

El conocimiento de Dios Padre es el complemento de los beneficios que el Señor en su misericordia ha concedido al hombre. Nos había dado con tanto amor a su Hijo Unigénito y en seguida al divino Espíritu para que completase su obra santificadora; el Hijo adorable, a imitación del Padre, después de habernos hecho donación de su Madre Santísima, nos entregó su propio Corazón, como prenda de amor incomparable; parecía, pues, que en posesión de tan preciosos dones, no nos quedaba ya qué desear. Mas, he aquí que de improviso aparecen en el firmamento de la santa Iglesia los signos precursores de un astro de inmensa magnitud que avanza majestuosamente hacia nosotros, derramando sus celestiales influencias. Es la suprema dignación del Sér infinito que, para completar nuestra dicha aquí en la tierra, nos brinda ahora con el dón de los dones que por Sí solo constituye la vida eterna: el conocimiento y el amor del Padre celestial. *Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios* (San Juan, XX, 17).

Tan elocuente manifestación de la divina y excelsa caridad debería excitar en nuestros corazos-

nes un sentimiento de afectuosa sumisión y ternura que se extendiera a todos los actos de la vida y en todos sus instantes, de suerte que este espíritu filial llegara a infiltrarse en nuestro propio sér, hasta dominarlo por completo. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.*

La devoción a Dios Padre deberá consistir, ante todo, en el fiel cumplimiento del primero y principal de los preceptos y, por consiguiente, es preciso que el corazón, el alma y cuanto hay en nosotros le pertenezca por completo, sin perjuicio de que este amor sea extensivo a las otras dos divinas Personas en igual grado e intensidad, porque, así como adoramos a un solo Dios en la Trinidad y a tres Personas distintas en la Unidad, podemos igualmente dedicar todo nuestro amor a Dios Padre, puesto que al mismo tiempo participan de él el Hijo y el Espíritu Santo, no sólo en razón de dicha unidad, sino también a causa del gozo infinito que tienen en el Padre y de su mutua e inefable complacencia.

Sin embargo, por muy excelente que sea en sí este amor, no podrá ser agradable al Padre celestial si no está acompañado de la caridad para con el prójimo. *Amémonos los unos a los otros*, nos dice el Discípulo amado, *porque la caridad procede de Dios y todo aquel que ama es hijo de Dios y conoce a Dios* (1.<sup>a</sup> IV, 7). *Amáos los unos a los otros como Yo os he amado* (Joan. XIII, 34).

Entre las virtudes que honran más directamente a la Majestad soberana, además de las teologales, fe, esperanza y caridad, que forman la esencia de esta devoción, tienen suma importancia la conformidad con su adorable voluntad y la confianza en la divina Providencia, las cuales consti-

tuyen el distintivo especial de los verdaderos hijos de Dios.

Empero, la ofrenda más grata que podemos ofrecer a Dios Padre es el augusto sacrificio de nuestros altares. El mismo Hijo de Dios no ha hallado en su amor infinito otro medio más eficaz para reparar su gloria ultrajada y satisfacer a su justicia; por lo cual, al inmolarnos en holocausto en unión con la sagrada Víctima, le rendimos el homenaje más perfecto de adoración y de alabanza.

En esos instantes solemnes hallaremos siempre libre acceso a la presencia amorosa del Padre; es la audiencia del amor, de la ternura y de la misericordia.

La Iglesia santa, inspirada en los más vivos sentimientos de respeto, amor y veneración a la augusta Persona del Padre celestial, nos incita a su alabanza por medio de santas y piadosas prácticas. El *Te Deum laudamus*, el *Trisagio*, el *Gloria Patri*, la invocación: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, antes de las principales acciones y, sobre todo, aquella laudable costumbre de dirigirse a Dios Padre en sus oraciones litúrgicas, interponiéndole la mediación de su divino Hijo: *Por Cristo, Señor nuestro... por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo*, etc.; son medios sumamente eficaces para despertar en el alma sentimientos de gratitud y amor hacia Dios Padre, siempre que se hagan con verdadero espíritu. Pero, entre todas estas oraciones, ninguna hay de tanto valor e importancia como lo del *Pater noster*, la más preciosa y delicada prenda que nos ha dejado nuestro Señor Jesucristo de su amor al Padre. Sus tres primeras peticiones, que se refieren únicamente a su gloria, así como aquella otra celestial alabanza del *Santo, Santo, Santo, Señor*

*Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la Majestad de vuestra gloria, etc.*, deberían ser el incesante homenaje de amor y adoración que nuestro corazón agradecido enviara noche y día hacia el trono del Padre que está en los cielos.

Después de habernos convencido de la importancia de este divino conocimiento, menester es que nos dispongamos humilde y confiadamente a obtener la posesión de tan rico tesoro. Es el Padre celestial la fuente y origen de todo bien y, quien le posea por el amor, hallará la dicha eterna. Su amistad divina, que tan pródigamente se nos brinda, no será ya la herencia exclusiva de los Santos que le contemplan en su gloria, sino también el patrimonio que sus fieles hijos recibirán desde esta vida, cada cual en proporción a su amor.

¡Oh Creador y Padre amabilísimo! ¿cómo podremos manifestaros nuestro reconocimiento por la dádiva preciosa e incomparable de vuestro santo amor? Toda gloria, alabanza y bendición que os tributemos por nosotros mismos será insuficiente, si vuestro Hijo adorable no viene en auxilio de nuestra pequeñez. A El, pues, acudimos y, por intermedio de su amoroso Corazón, os presentamos el homenaje de todo nuestro ser. Recibidlo en agradecimiento de vuestros beneficios y singularmente por el dón de vuestro divino conocimiento, que no es otra cosa que Vos mismo. ¡Oh Padre, mil veces adorado y bendecido! permitid que os alabemos sin cesar en esta vida para merecer la dicha de glorificaros juntamente con vuestro divino Hijo y el Espíritu Santo en la eternidad bienaventurada. Así sea.

## **Súplica eficaz al Padre celestial**

Padre Eterno, os ofrezco en unión con Jesús, vuestro amado Hijo, sus dolores interiores y exteriores, su sangre preciosísima, su amor y sus merecimientos infinitos en expiación de las iniquidades del mundo.

Como un dón de vuestra divina clemencia, os pido para los pecadores gracia y misericordia. Así sea.

## **ORACION**

### **Para pedir el conocimiento y el amor del Padre Celestial**

¡Oh Jesús, Hijo Unigénito de Dios Padre y objeto de sus eternas complacencias! Vos, que con vuestras enseñanzas y ejemplos vinisteis a manifestarnos la bondad y ternura infinita del Padre celestial y que nada deseáis tanto como verlo amado y glorificado de todas las creaturas formadas a su imagen y semejanza, dignaos hacernos partícipes de su conocimiento y de su amor para que, apreciando como es debido el dón inestimable de la adopción divina, nos mostremos en todo momento dignos hijos de nuestro Padre que está en los cielos.

Permitidnos amarle juntamente con Vos, para merecer la dicha de glorificarle por toda la eternidad en vuestra compañía. Así sea.

### **Acto de Reparación y Consagración a Dios Padre**

Postrado ante vuestro divino acatamiento, oh Dios y Padre mío omnipotente, vengo a deplorar en la amargura de mi alma la incomprensible ce-

guedad de mi pasada conducta para con vuestra suma y eterna Bondad.

Ahora que la luz divina ha venido a descubrirme los tesoros de bondad y de misericordia ocultos en vuestra Persona adorable, comprendo cuán enorme ha sido mi ingratitud, por el sólo hecho de desconocer los innumerables títulos que tenéis a mi amor.

Sabía que sois mi Dios, mi Creador y mi Padre, pero considerando muy lejos de mí vuestra excelsa grandeza, ya sea por ignorancia o por natural insensibilidad, desconocía vuestras bondades y olvidaba vuestros beneficios.

¡Oh Padre misericordioso y benigno! ¿Cómo es posible que haya vivido tantos años alejado de Vos, que sois la Fuente de la vida, el Foco de la luz increada, la Esencia del amor, de la bondad y de la ternura?

Ya que, mediante vuestra gracia, conozco los bienes infinitos encerrados en vuestra amistad divina, quiero reparar tanta frialdad e ingratitud, entregándome de lleno y para siempre a vuestro especial amor y servicio, con todas las fuerzas de mi alma y con todo el amor de que es capaz mi pobre corazón.

Ojalá pueda, oh Padre amabilísimo, ofreceros en unión con vuestro amado Hijo, el continuo holocausto de todo mi sér, como homenaje debido a vuestra infinita grandeza y en desagravio del olvido e indiferencia de tantos corazones que, obstinados en desconocer vuestros beneficios, ultrajan vuestro amor pacientísimo. Derramad sobre el mundo entero las misericordias de vuestra paternal ternura, para que, unidos con el vínculo de vuestra eterna caridad, vivamos en Vos y para Vos aquí en la tierra antes de ir a entonar el himno de vuestras alabanzas en la gloria. Así sea.

## PARTE QUINTA

### Consideración sobre el primer artículo del Símbolo

**Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del  
cielo y de la tierra**

¿Comprendes, alma cristiana, el sublime sentido de estas palabras que con tanta fe y amor vienes repitiendo cada día? ¿Has tratado de profundizar alguna vez en el conocimiento del misterio adorable que nos presenta en la Persona augusta del Padre celestial al Sér infinitamente sabio, poderoso y omnipotente que ha sacado todas las cosas de la nada?

Aun en el caso de que fuese afirmativa tu respuesta, te ruego que me acompañes un instante en esta devota consideración.

¡Creo! Y ¿cómo podría negarme a creer en una verdad tan evidente? ¿Acaso no he recibido la razón para tributar con ella a mi soberano Creador el homenaje de mi sumisión y agradecimiento, empleándola en reconocer sus beneficios, ensalzar sus grandezas y publicar sus misericordias? Y ese rayo de luz esplendorosa, dimanado del foco de la eterna Claridad, que ilumina mi alma, ¿no me ofrece una prueba incontestable de que estoy en posesión de la verdad?

¡Creo! La fe y la razón, dones ambos gratuitos de la divina Omnipotencia, me están manifestando con voces elocuentes que debo someter mi juicio a Aquel de quien proceden, puesto que la grandeza de la creatura proviene de su voluntaria sujeción al Creador.

Una y mil veces, ¡creo! Por lo cual, de lo íntimo del corazón y con todas las fuerzas de mi alma, protesto a la faz del cielo y de la tierra que *creo* y quiero *creer*, hasta el postrer instante de mi vida, cuanto Dios Nuestro Señor ha revelado y la santa Iglesia nos enseña, para rendir a mi soberano Señor y Creador el tributo de adoración y reverencia que tiene derecho a exigir de toda creatura y, ya que tantas almas rebeldes se niegan a abrir los ojos a la luz, por todas y cada una de ellas y en reparación de su culpable incredulidad, desearía derramar hasta la última gota de mi sangre en los más atroces tormentos, para que el sacrificio de mi vida fuese un completo testimonio de mi fe.

Ahora bien; ¿cuál será la verdad que debo reconocer como materia fundamental de mi creencia?

El Símbolo de los Apóstoles me la señala en su primer artículo:

*¡Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra!*

*¡Creo en Dios! Reconozco y confieso que hay un Sér perfectísimo, Uno en esencia y Trino en Personas, infinitamente Poderoso, Justo y Santo, el cual, existiendo antes de todos los siglos, es el Primero y el Postrero, el Principio y el Fin de todas las cosas. Su majestad suprema, su poder infinito, su increada belleza y todo ese conjunto de atributos que constituyen las perfecciones inherentes a la Divinidad, lo elevan a tan sublime*

grado, que, ante su acatamiento soberano, la creatura viene a ser como un átomo y el universo un grano de polvo.

Desde el solio esplendente de su gloria, donde reina sobre los Angeles y Santos, extiende su mirada soberana hasta los más ocultos ámbitos del mundo y, sosteniéndolo con su potente brazo, todo lo dispone y encamina con sabia Providencia hacia sus fines.

¡Oh Dios tres veces Santo, *creo y espero* en Vos! ¡Sois la luz de mis ojos, el móvil de mis acciones, la vida de mi alma! Si, como tantas almas desgraciadas, no os hubiera conocido ni amado, ¡qué mísera habría sido mi existencia! Porque lejos de Vos no puede hallarse sino angustias, oscuridades y tormentos. ¡Tesoro celestial, Bien infinito, Fuente de eterna dicha, *creo* en Vos!

Pero es preciso que continuemos en nuestras reflexiones:

*¡Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra!*

Al decir: *¡creo en Dios!* refiriéndonos a la unidad de esencia, confesamos que hay un solo Dios, una sola naturaleza divina, un Sér único, a quien adoramos con temor reverencial a causa de su grandeza excelsa y de la sublimidad de sus perfecciones. Mas, al añadir esta otra frase: *¡Padre Todopoderoso!* donde se empieza a hacer distinción de las Personas, el entendimiento se ve obligado a detenerse para ceder su puesto al corazón.

En efecto, que el Sér Eterno, Infinito y Omnipotente sea el Dios de cielo y tierra, Juez de vivos y muertos, soberano Señor de cuanto existe, se comprende sin dificultad; son títulos que de derecho le corresponden en razón del dominio absoluto que le da su naturaleza divina. Pero, que

este mismo Sér Todopoderoso, infinitamente santo y perfecto, olvidándose en cierto modo de su excelsa majestad y grandeza, se abata y humille ante su creatura, llamándose *su Padre*, es el colmo de la bondad y un exceso de ternura tan incomprendible como infinita.

¿Será posible que un sér tan pequeño y despreciable, un abismo de ignorancia y de miseria, cual es la creatura terrenal, pueda y sea en realidad hija de Dios? ¿Si El mismo no nos lo hubiera asegurado con tantas y tan admirables manifestaciones de paternal amor, habríamos tenido razón para temer que hubiera en ello una peligrosísima ilusión, fruto tal vez de nuestro orgullo.

Ahora bien, antes de entrar en el estudio de esta verdad, tan consoladora, repitamos una vez más desde lo íntimo del alma: *¡Creo en Dios Padre Todopoderoso!...*

Nos enseña la fe que en Dios hay tres Personas distintas, denominadas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero unidas en una sola esencia y naturaleza. Para mayor claridad citaremos aquí el Símbolo de San Atanasio:

«Esta es la fe católica, que veneremos a un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad veneremos en la Unidad, sin confundir las Personas ni separar la substancia. Pues una es la Persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo, pero una sola es la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; igual la gloria, con eterna la majestad. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo; increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu

Santo, y, con todo, no son tres eternos, sino un solo eterno; así como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Asimismo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; pero no son tres dioses, sino un solo Dios. E igualmente Señor es el Padre, Señor el Hijo, Señor el Espíritu Santo; pero no son tres señores, sino un solo Señor. Porque, así como, conforme a la verdad cristiana, estamos obligados a confesar que cada Persona es Dios y Señor, así la religión católica nos prohíbe decir que son tres dioses y señores. El Padre no es hecho por nadie, ni creado, ni engendrado; el Hijo es del solo Padre, no hecho ni creado, sino engendrado; el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente. Uno solo es el Padre, no son tres padres; uno solo es el Hijo, no tres hijos; uno el Espíritu Santo, no tres espíritus santos. Y en esta Trinidad nada hay anterior o posterior, nada mayor o menor, sino que las tres Personas son coeternas e iguales. De tal modo que, sobre todas las cosas, como se ha dicho, ha de ser venerada la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Quien, pues, quiera ser salvo, sienta así de la Trinidad».

Cimentada ya nuestra creencia sobre tan sólidos principios, pasemos ahora a la consideración que nos ocupa, referente a la Persona augusta del Padre celestial.

A la Primera de las divinas Personas se le atribuye la propiedad de *Principio*, que en su vulgar significación, quiere decir: aquello de quien algo procede, e igualmente se le asigna el título de *Padre* por su relación con la Persona del Hijo. «El mismo me invocará: Tú eres mi Padre» (Salm. 88).

Considerada bajo este punto de vista, la paternidad divina aparece revestida de la más excelsa grandeza, pues, tanto honor hace el Padre al Hijo como el Hijo al Padre, por tener ambos una sola y misma esencia perfectísima. No posee el uno más poder ni autoridad que el otro; pero, dentro del orden admirable que preside todos sus actos, corresponde el primer lugar al Padre y al Hijo el segundo. La diferencia, o más bien dicho, el vacío que entre estos dos grados pudiera quedar, lo llena el amor; e igual cosa sucede con el Espíritu Santo, que ocupa el tercer lugar, porque no hay más que un afecto, un deseo y una voluntad entre las tres Personas adorables. Por último, la caridad divina, que tiene su origen en el propio Sér infinito, establece entre ambas Personas una comunicación tan deliciosa que, haciendo abstracción del gozo supremo, exclusivo de la Divinidad, sólo ella bastaría para constituir su dicha más completa.

Ahora bien, la Primera Persona de la augusta Trinidad no solamente lleva el título de *Padre* en razón de los sublimes derechos que ejerce sobre su Hijo Unigénito, sino también y muy particularmente a causa de sus relaciones con el hombre, su criatura privilegiada, en quien tiene puestos sus ojos y su corazón. *Por un puro querer de su voluntad nos ha engendrado para hijos suyos con la palabra de la verdad, a fin de que seamos como un comienzo de criatura suya* (Jac. I, 18).

No podemos negarlo. El Hacedor Omnipotente, que después de haber sacado de la nada el cielo y la tierra, vela con amorosa Providencia por la conservación y sostenimiento de cada una de las obras emanadas de su voluntad soberana, reserva las finezas de su ternura infinita para la

obra predilecta de sus manos que, formada de dos substancias tan opuestas, como son el espíritu y la materia, tiene mayor necesidad de su socorro y asistencia, por lo cual, no contento con tomarla bajo su inmediata protección, destinándola para su servicio, por un prodigio aún más estupendo, la eleva y enaltece hasta formar con ella un nuevo vínculo de caridad eterna. *Y así, ninguno es ya siervo, sino hijo. Y siendo hijo, es también heredero de Dios* (Gal. IV, 6-7).

¡Hijo de Dios! Este sagrado título, a la vez que nos descubre la alteza de nuestro origen, en cuanto al espíritu y la excelsa dignidad a que hemos sido llamados, nos pone de manifiesto los supremos derechos de la divina paternidad, como asimismo la norma de conducta que indispensablemente nos exige, para que, penetrados de sincera gratitud y filial sumisión, después de haber recorrido la senda de los divinos preceptos, ascendamos animosos por los grados de la perfección evangélica, que es propiamente la ley de los hijos de Dios, hasta arribar a la cima de la santa montaña, donde nos espera el Padre celestial para estrecharnos entre sus brazos como a hijos muy amados y darnos la parte de nuestra herencia eterna.

Todo esto se lo debemos a Jesús, porque no a otra cosa vino al mundo que a darnos a conocer al Padre, a enseñarnos a amarlo, a inspirarnos una confianza filial en su paternal Providencia; en una palabra, a disponer nuestros corazones para recibir el beneficio insigne de la adopción divina que nos había obtenido, mediante su sangre preciosísima. *Habiéndonos predestinado para ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo, a gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad.*

*A fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos en su querido Hijo. En quien por su sangre logramos la redención, y el perdón de los pecados por las riquezas de su gracia (Ef. I, 5-6-7).*

De este modo, la obra creadora del Padre Omnipotente ha recibido de su divino Hijo el más valioso complemento. Sólo resta la parte que depende de nosotros, pues en nuestra mano está cooperar o no a la misericordiosa realización de sus designios. Supremo es el don de la adopción divina y no hay otro que le iguale en dignidad ni en mérito, sepámoslo estimar en lo que vale y correspondamos a esta sublime vocación con la santidad de nuestra vida, según el consejo de nuestro Señor Jesucristo que quiere que aspiremos a la perfección de nuestro Padre celestial.

Al dar fin a las piadosas reflexiones que nos ha sugerido este primer artículo de nuestra santa fe, unámonos al cielo y a la tierra para entonar un himno de gratitud eterna a la gloria del Padre Todopoderoso de quien hemos recibido todo bien, y alternando nuestras voces con las alabanzas angélicas, repitamos con todo el entusiasmo de nuestro corazón:

*¡Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra!*

*Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios Todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.*

*Digno eres ¡oh Señor Dios nuestro! de recibir la gloria, y el honor y el poderio; porque Tú criaste*

*todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron creadas.*

*Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición y honra y gloria y potestad por los siglos de los siglos. Amén. (Apoc. IV, 8-11. V, 13).*

**L. D. P.**

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo del Ilmo. Sr. Dr. D. Gilberto Fuenzalida G., Obispo de Concepción. . . . .	3
Introducción. . . . .	7
<b>PARTE PRIMERA</b>	
Invitación. . . . .	9
Evangelio según San Mateo. . . . .	15
» » San Marcos. . . . .	20
» » San Lucas. . . . .	21
» » San Juan. . . . .	23
Afectuosa oración de Jesús a su Eterno Padre. .	34
Hechos de los Apóstoles . . . . .	36
Epístolas del Apóstol San Pablo. . . . .	37
Epístola Católica del Apóstol Santiago. . . . .	46
Epístolas del Apóstol San Pedro. . . . .	47
» » » San Juan. . . . .	48
Apocalipsis. . . . .	52
<b>PARTE SEGUNDA</b>	
El Padre Celestial. . . . .	55
I.—Dios Padre en el Antiguo Testamento. . .	57
II.—El Padre celestial y su Hijo. . . . .	59
III.—Amor del Hijo de Dios hacia su Padre . .	60
IV.—Glorificación de Dios Hijo. . . . .	63
V.—Sacrificio Eucarístico. . . . .	64

	Págs.
VI.—La misión especial del Hijo de Dios es conducir las almas hacia el Padre . . . . .	65

### PARTE TERCERA

Medios para llegar al conocimiento del Padre celestial.. . . . .	68
--	----

### PARTE CUARTA

Modo de honrar al Padre celestial . . . . .	72
Súplica eficaz al Padre celestial. . . . .	76
Oración para pedir el conocimiento y el amor del Padre celestial. . . . .	76
Acto de reparación y consagración a Dios Padre. . . . .	76

### PARTE QUINTA

Consideración sobre el primer artículo del Símbolo: <i>Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.</i> . . . . .	78
---	----

### PARTE SEGUNDA

El Padre Celestial . . . . .	55
I.—Dios Padre en el Antiguo Testamento . . . . .	57
II.—El Padre celestial y su Hijo . . . . .	59
III.—Amor del Hijo de Dios hacia su Padre . . . . .	60
IV.—Glorificación de Dios Hijo . . . . .	63
V.—Sacrificio Eucarístico . . . . .	64

6k



PRECIO: 50 CÉNTIMOS.

